

El don de la caricia

Osvaldo de la Caridad

Aurora

Osvaldo de la Caridad Padrón Guás (Marianao, 1955). Licenciado, profesor de Literatura y Español. Escritor. Autor de: *Delirios del Viento*, poesía (Ediciones J. M. Bernal S. L., Madrid, 1999); *En el hueco de mis manos*, narrativa (Editorial Unicornio, La Habana, 2001); *El cuerno de las moralejas*, narrativa infantil (Editorial Extramuros, Ciudad de la Habana, 2005 y Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2019); *Sobre el lomo de los siglos*, décimas (Editorial Sanlope, Las Tunas, 2006); *El tesoro de tus días* (Editorial Extramuros, Ciudad de la Habana, 2008); *Niño piloto* (Editorial Gente Nueva, La Habana, 2016) y *Los enviados del infierno*, novela (Ediciones Montecallado, Mayabeque, 2020). Es miembro del grupo Ala **Décima y de la** Uneac.

ÍNDICE

PRÓLOGO / 5

CAPÍTULO SIGUIENTE / 9

AGRADECIMIENTO / 125

El don de la caricia

Oswaldo de la Caridad



Edición: Berkis Aguilar Mazola
Corrección: Ismarys Suárez Pérez
Emplane: Adelená Carballo Esperón
Diseño de cubierta: Natalia Urquía Linares

©Osvaldo de la Caridad
©Sobre la presente edición:
Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959- 218-537-1

Editorial Unicornio
Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa
Calle 48 No 2701 / 27 y 21, Artemisa

*Mi agradecimiento a Gregorio Alonso de Escobedo y
Silvestre de Balboa.
A todos los que no lean este libro hasta el final, porque si se
lo dedico solo a ustedes,
¿qué mérito tengo?*

*A Tomás Carreras Rodríguez y Lucía Fuentes González.
Muy especialmente a Orestes González Padrón, mi primo y
maestro,
a quien debo estas inquietudes literarias.*

agradecido... Pero no se vayan todavía. En mi vida me han despedido dos veces antes de enterrarme. Yo quiero dedicarles ahora mi «Despedida»: *Afortunados de coincidir en una pequeña gota de tiempo / ya hemos cortado la cinta que inaugura el adiós / y antes de que traspasen las puertas / hacia la vida / sepan que ha sido una fiesta / vivir / (PAUSA) entre ustedes.*

SIEMPRENIÑA: Acabo de convencerme de que estás loco. ¡Eres la única estatua de la ciudad que no responde cuando se le habla! (LE SONRÍE, COQUETA, SE LE ACERCA JUGUETONA, LE DA UN BESO, NO IMPORTA DÓNDE, Y SALE).

NARRADOR: Y como les venía diciendo, él no hace nada... y me voy para no desaparecer, porque solo existo en los pensamientos de ella (SALE).

CABALLERO: (GRITA, EN OFF) Estaré siempre aquí, en la misma ciudad y con la misma gente...

AUTOR: Nada se detuvo. Nadie pareció darse cuenta... Pero desde entonces, por el don de la caricia, el Caballero de París dicta con su dedo la buena suerte.

THE FIN

PRÓLOGO

LEER DAÑA LA SALUD. *Es la conclusión a que ha llegado una inteligencia artificial [a partir de ahora: IA].*

Otra inteligencia artificial dice que el autor de este libro es un loco. Las páginas que siguen son un boceto,¹ garrapateado por un obtuso. Quiso hacer una obra de teatro y me le colé.

Además de merecer un encierro entre paredes blandas, este «supuesto» autor presume de ser gran amigo del Caballero de París,² por una simple y estúpida razón: por más que él (EL AUTOR) se disfrazara de poste eléctrico, de brisilla mañanera o de chapita de refresco junto a un contén, el Caballero lo descubría, lo saludaba y le regalaba un mochito de lápiz con hilos de colores, una postal de propia manufactura o un papelito con una leyenda bondadosa.

1 «El boceto es superior a la obra de arte», cita del autor, tomado de: *Obras Incompletas del Autor*, Editorial Gente Vieja, cacicazgo de Habaguanex, 1420. [Nota del Narrador].

2 ACLARACIÓN INNECESARIA: Por cierto, y esto no lo sabe el autor, el Caballero de París no se llamaba así —como no se llama así el perro callejero o el ratón de alcantarilla—. Su nombre verdadero era José María López Lledín, nacido el 30 de diciembre de 1899 en la provincia de Lugo, España. Con 12 años tocó tierra en La Habana el 10 de diciembre de 1913, luego de una travesía a bordo del vapor alemán *Chemnitz*. Llevó vida errante por la ciudad desde la década del veinte. Murió el 11 de julio de 1985. Sus restos reposan en el convento de San Francisco de Asís. [Otra nota del Narrador].

Y hablando de todo un poco, que en los prólogos se acostumbra a estas intromisiones, permítanme una confesión, gente linda que sigue mis producciones literarias, realmente este libro no tiene «prólogo». Eso que ustedes vieron a la cabeza no es más que el título del primer cuento, el cual he disfrazado con una conveniente introducción para que se lo pierdan quienes tienen la costumbre de no leerse las «palabras al lector», los «prefacios» u otros apéndices por el estilo.

Así que ahí, queridos fans, de mi propia inspiración, sin repetir el título para no despertar sospechas, les va mi cuento:

A una tertulia³ famosa de la ciudad llega un loco.

—El tema de hoy son los «prólogos» —escucha que dice un señor con voz nada eufónica, parado simbólicamente junto a un cesto repleto de basura.

—El prólogo —ve que interrumpe un joven con cresta roja y bandurria desafinada— es lo más importante de una obra literaria.

—El que da las claves para comprender un texto —entiende que explica un conocedor de claves porque, según afirma, toca ese instrumento en el conjunto de Compay Diez.

3 OTRA ACLARACIÓN INNECESARIA: una tertulia es una reunión de personas que buscan pasar «gratamente» el tiempo, tratando de demostrar lo mucho que han leído, aunque sea mentira; es el sitio adonde se va a exponer lo buen embozonador —declamador patético, cantante de pollero— que se es; a elogiar a los pitecántropos presentes y descascarar a los ET ausentes; en donde cualquier somorgujo ataruga a los otros con conocimientos que no posee y ventea la «incultura» de los demás; adonde los dientes se carían de hipocresía... [Todas las notas son mías].

toleraron y me respetaban por considerarme parte de la ciudad, a los que me ayudaron a terminar la vida... Y perdono a los dependientes que no me permitían beber en los vasos de las cafeterías. Para ellos todas mis bendiciones...

SIEMPRENIÑA: ... a los que no me gritan vieja loca...

CABALLERO: Cuando la luz del sol se esté apagando...

SIEMPRENIÑA: Ya se está poniendo el sol.

CABALLERO: ... y te sientas cansada de divagar... Ya te puedes ir, pero primero coge uno de estos bolígrafos que llevo. La gente piensa que no escriben y los botan dondequiera. Pero sirven para dejar mensajes en el aire.

NARRADOR: Ella lo obedece y escribe ante él a mano alzada: «Te quiero».

SIEMPRENIÑA: Contigo sin pan ni cebolla.

CABALLERO: Lamento que no me hayan colocado bisagras en las piernas...

SIEMPRENIÑA: ¿Para qué, loquito?

CABALLERO: Para ahora arrodillarme ante esta loca y pedirle de limosna una caricia.

NARRADOR: En Cuba todo loco tiene dentro su Yarini, hasta los metálicos.

SIEMPRENIÑA: Y toda loca, su Macorina.

CABALLERO: Apriétame la corbata, que este escultor me la aflojó mucho. (UNA LÁGRIMA RUEDA POR LA MEJILLA DE BRONCE). Muchas gracias, muchas gracias... muy

haber abrazado el complejismo... Pero tuve mis logros...

SIEMPRENIÑA: Le dictaste valiosas ideas a tu buen amigo Paco Myfrend...

CABALLERO: ... y fuimos premiados y publicados.

NARRADOR: El Don de La Habana y París queda en silencio. Han sido muchas palabras y mucho tiempo de pie para un solo día. Ella se cuelga la jaba en el antebrazo.

CABALLERO: ¿Te vas?

SIEMPRENIÑA: Sí. No me gusta dejarte aquí tan solito entre el murmullo envidioso. (SUPLICA) Yo quiero que saltes ese muro invisible y vengas conmigo.

CABALLERO: ¡Ay, hija!, ¿no ves qué embargado estoy, aquí en este cemento?

SIEMPRENIÑA: Olvídate del concreto que te bloquea los pasos, di: ¡basta! y echa a andar... Acuérdate: palante y palante.

CABALLERO: Sabes que no puede ser. Cada cual tiene su destino... Antes de terminar nuestra conversación quiero transmitir unos mensajes.

NARRADOR: No se mueve.

CABALLERO: Llevo en mi memoria a todos los que me regalaron una pizza o un pan con croqueta, a los policías que me cuidaban, a los ladrones que no me robaban, a la monjita cariñosa que me tocaba la frente por si tenía fiebre, a la muchacha de las muchas parejas que me rodeaba los hombros y me decía su novio, a los niños risueños y juguetones, a los que me

La catedrática de peinado estilo Luis XVI, que ha llamado extraordinariamente su atención, medio levanta un dedo:

—El prólogo es lo más sublime para el alma divertir.

Observa cómo un chofer de carraca, aficionado a la geometría, se quita la tiara:

—El prólogo es como el sol: si nos falta, no habría eclipses.

—Ni vida —continúan otros...

Sin decir esta nariz es mía, el loco sale como perro tras gato y regresa con un libro enorme en una carretilla de puesto de viandas, justo cuando los presentes llegan a la conclusión de que «libro sin prólogo no es libro».

—En resumen —dice el señor nada eufónico—, usted puede no leerse el resto, pero... si pasa por alto el prólogo, dé por seguro que no ha vivido. Lo garantizo yo, que escribo muy buenos prólogos.

—Permiso —casi no dice, por la timidez, el loco.

Todos convierten en rictus las caras de satisfacción y se vuelven para mirar, por encima del hombro o de los espejuelos, al profano que se atreve a hociquear en su «selecta élite».

—Quiero sugerirles debatir este libro en la próxima tertulia.

Tiene delante un coro de muecas, que lo siguen observando, así por encima de las mejillas y por debajo de las cejas.

—Voy a prestarles el libro y la carretilla para que lo vayan pasando de ojo en ojo hasta que lo

lean todos. Tienen que prometerme no hacer ningún comentario antes del debate.

Al cabo de dos años, tiempo que necesitaron los contertulios para leerse el volumen de veinte mil le... páginas, escritas en Time New Romans, en puntaje 10, a un espacio y en formato de 1x2 metros..., y luego de tener de vuelta libro y carretilla, el loco preguntó:

—¿Qué les pareció? —Un libro absurdo. —Inconcluso. —Esa cosa no termina. —Se interrumpe en la mejor parte. —Nos ha hecho perder un tiempo precioso. —Es usted un perfecto imbécil. —¡Animal!...

El loco solicita silencio con un gesto de la mano y una sonrisita guiñándole la boca.

—No sé por qué me dicen eso —hojea las páginas— si aquí en el prólogo lo advertía bien clarito, miren: no siga leyendo: este libro no tiene fin.

Y como, según mi Inteligencia Artificial, leer daña la salud de la ignorancia, continúe usted su aburrida lectura y que tenga una larga vida.

EL NARRADOR

SIEMPRENIÑA: Sí, ellos eran los tan lentos. De esos muchos tan lentos ya casi nadie se acuerda... Y tú, erguido aquí.

CABALLERO: Ni el Caballero de París ni nada que tenga que ver con él podía integrar ese mundo elitista. Las cámaras me pasaban por delante y no me veían.

NARRADOR: Un grillo trajeado choca con la estatua y se posa en la cabeza.

GRILLO: Pues yo te he visto en documentales.

SIEMPRENIÑA: ¿Un documental? Apúrate, que vienen las cámaras.

NARRADOR: Registra en la jabita... Se derrumba en un gesto de desaliento.

SIEMPRENIÑA: Ya se acabaron los cosméticos. Cuando yo me vaya, no me digas traidora, que estás tan desusado que no sé cómo voy a maquillarte.

NARRADOR: El grillo tiene el mismo timbre de Armando Calderón cuando les ponía voces a las comedias silentes.

GRILLO: Y te atendieron y te cuidaron hasta el final... y a todo el mundo no lo guardan en un convento...

CABALLERO: Pero los muertos estamos en cautiverio...

SIEMPRENIÑA: ... y hasta escribieron tu biografía... y ahora un escritor loco te dedica una obra... y una editora se juega su prestigio...

CABALLERO: (RECAPACITA) Perdonen... Son mis traumas... Creo que soy culpable por

CABALLERO: ¿Qué te parecieron los cuentos?

SIEMPRENIÑA: Yo creo que ese escritor loco nunca existió y todas esas cosas son inventos tuyos.

CABALLERO: Bueno, acepto que yo era el que le daba las ideas.

SIEMPRENIÑA: Y ese poeta loco...

CABALLERO: Ahora que hablas de él... y que esos jóvenes vienen hacia acá caminando por el futuro, les voy a dedicar este poema, «Pequeño espacio»: *Porque amaso una pequeña fortuna / de espacio en el tiempo / y mañana mismo nadie me liará un recuerdo, / empujo tan a borbotones los minutos. / Y tú, habitante del futuro, / que tampoco sabrás de mis metamorfosis, / no pongas tus lágrimas en la huella / que alguna vez te dedique mi fotografía; / piensa que en el intento de espigar / te gané un pequeño espacio / de sonrosadas esperanzas, / que amé los tropezones y las alfombras / y a mis ancestros y coetáneos, / pero recuerda siempre, sobre todo, / que a ti también te amé... y que me quito / de la vida / para dejarte / (PAUSA) tu pequeño espacio.*

SIEMPRENIÑA: Acepta que te los inventaste en una de esas noches frías de la Rampa.

CABALLERO: ¿Y tú crees que alguien le publicaría algo al Caballero de París, el más conocido de los vagabundos? ¿Tú crees que podría ser merecedor de un Premio Casa quien no tenía casa? ¿Yo, la retaguardia artística?

CAPÍTULO SIGUIENTE

NARRADOR: La que siempre ha sido niña tiene el don de conversar con las estatuas, pero en lugar de irse al parque de 17 y 6, en el Vedado, y sentarse en el banco a charlar con John Lennon y a cuidarle los espejuelos, o a la Avenida de los Presidentes, para escuchar las cuitas de los zapatos de Estrada Palma, o preguntarle al Martí del Parque Central por qué señala con el dedo hacia el monumento a Albear...; en lugar de montarse a la grupa, tratando de no caerse, detrás de Maceo o Máximo Gómez en sus respectivos pedestales, prefirió estar de pie, junto al convento de San Francisco, frente al bronce fresco del Caballero de París.

CABALLERO: (SIN PESTAÑEAR) ¡Vaya! ¡Al fin vienes! ¡Qué linda! Pareces una mendiguita.

SIEMPRENIÑA: (NO CONTESTA. SE DISTRAE EN DARLE LA VUELTA A LA ESCULTURA Y EN DELINEAR CON LOS DEDOS LOS DETALLES METÁLICOS DE LA ROPA Y DE LA PIEL).

NARRADOR: El Caballero de París se mantuvo en su postura de eterno caminante, con traje y corbata de gentilhomme, la capa negra movida ligeramente por la *siribrisa*. Allá al frente, sobre

la Lonja del Comercio, el Mercurio de pies alados parecía un equilibrista sobre un pararrayos; en la Plaza, más cercana, las palomas eran intolerantes con los insectos. A la derecha de la escultura, en el convento dedicado al santo limosnero de Asís y construido en 1719, una fácilmente entendible inscripción: *non est in toto sanctior orbe locus*, que este querido por ustedes narrador no ha podido corroborar si está escrito en griego o en arameo. A la izquierda, una galería de arte. A las espaldas del Caballero, tres grandes campanas bocabajo obstruyen el tránsito, no solo para proteger a la escultura de los ciclistas y carretoneros paraguayos, sino porque estaban dando tumbos de aquí para allá, siendo de todo y sin medida, con un ruido de tres pares y las autoridades de la ciudad no sabían dónde ponerlas. Más atrás, el convento de Santa Brígida... (CON VOZ DE ALFRED HITCHCOCK). En viéndolo así, nadie puede imaginarse los terribles secretos ocultos bajo el ungüento de los años.

CABALLERO: ¿Por qué no me acariciaste cuando vivía y me encontrabas desandando por la acera o soñando, apoyada la cabeza sobre una mesa con olor a trapito de fregadero de la cafetería Loyola?

NARRADOR: La Siempreniña, todavía con el rocío nocturno dormido en sus pestañas, completa la vuelta y mira a los ojos del patricio.

SIEMPRENIÑA: ¿Y quién soy yo? ¿Cuándo te vas a acostumbrar a hablar en género! ¿Cuándo?

NARRADOR: Ella se enrosca un mechón.

SIEMPRENIÑA: Tampoco me acuerdo.

CABALLERO: Cerremos los ojos a ver si viene la musa.

NARRADOR: Ella obedece. Él, imposible. El revoloteo de una mosca alrededor de su cabeza lo desconcentra. En eso se acerca un médico forense y se detiene a observar al don Caballero, quizá buscando algún órgano que extraer.

FORENSE: Soy un hombre y como tal he vivido en todos los que han existido antes que yo, y viviré en todos los que existan después de mí. Viviré en las risas y en las lágrimas de los hombres, en su bondad y su maldad, en su debilidad y su fuerza.

CABALLERO: Te reconozco, Sinuhé. Hace miles de años eras mi embalsamador y yo, el faraón... Recuerdas qué buen trabajo hiciste, ¡degenerado!, con materiales de segunda mano, porque vendiste por la izquierda la crema de los almacenes palaciegos, me rellenaste con especias vencidas, mohosas, y mira con qué andrajos resucité... y qué séquito me corteja. Piérdete antes de que ordene tu trepanación, te corte la nariz y las orejas y te empale en la azotea del faro de Alejandría.

SIEMPRENIÑA: (SE DESPIERTA) ¡Ay! He tenido una longaniza de pesadillas.

Louvre y se ponía a garrapatear en unas hojas viejas. ¿Y qué tú crees que escribía?

SIEMPRENIÑA: No sé... ¿La *Odissea*?

CABALLERO: También frecuentaba la esquina de Obispo y Bernaza, adonde van todos los espíritus de los literatos muertos, donde se pulsa la lira, se declama, se cuenta y se cultiva la amistad. Allí también se ponía a emborronar. ¿Y qué tú crees que escribía?

SIEMPRENIÑA: No sé... ¿Jeroglíficos en las paredes?

CABALLERO: ¿Qué va a escribir? ¡Locuras! Todas me las regaló. Yo las llevaba siempre junto a la tetilla izquierda, que es por donde le entran las cosas buenas al corazón, si no es que el tuyo está en el lado capitalista... No sé qué se habrán hecho esos papeles después que se vació mi ampolla de arriba. Por suerte los conservo en la memoria. Serás la primera en escucharlos.

NARRADOR: Y con ustedes, ¡los cuentos del amigo loco!

CABALLERO: A ver, a ver...

SIEMPRENIÑA: No me vengas ahora con que se te olvidaron.

CABALLERO: A ver, a ver...

SIEMPRENIÑA: No sigas mirando para ninguna parte, que no hay nada que ver. Lo que tienes que hacer es sacar de la manga.

CABALLERO: A ver, a ver... ¡No me acuerdo!

SIEMPRENIÑA: Ahora me toca a mí hacer un cuento.

CABALLERO: Aquí solo se hacen los cuentos de mi amigo loco.

SIEMPRENIÑA: Sentía miedo..., mi mendigo azul.

CABALLERO: ¿Miedo a quien más te quería?

NARRADOR: Llega un niño desnudo, en alegre vuelo: es Dardo, seguido de Graciela, muy risueña, disfrazada de Campanilla. El diosillo apunta y no se encaja en el corazón de la niña, se lo roba. Ella lo persigue para que se lo devuelva, sin ponerse brava. Todo le da gracia. Son dos loquillos. Es 14 de febrero.

SIEMPRENIÑA: ...pero ahora sé que no puedes averiarme.

NARRADOR: Ella tiene un tic, no de reloj, y el gesto característico de las sabias, de acariciarse (PAUSITA) el mentón porque no tienen barbas.

CABALLERO: Es a mí a quien ajaban. Busca por todo el mundo un solo ser al que yo haya magullado.

SIEMPRENIÑA: Se dicen cosas...

CABALLERO: ... Si siempre fui amigo de los perros callejeros y las hormigas locas, de los jardines silvestres, del viejo Morro guiñador y de la ardilla que gira en el balcón de la Giralda. Muchos creían que necesitaba dinero, o comida, y me ayudaban... ¡Que conste!, siempre les pagué con aquellas cosas que más quería. Pero nunca el hambre me hizo sufrir, ni el frío: me moría por una caricia.

NARRADOR: No puede precisarse a ciencia cierta la edad de la Siempreniña... Una ligera *siribrisa* colma al Caballero de cariño, pero él no la siente.

SIEMPRENIÑA: (DISTRÁIDA, JUGUETEANDO CON LA BARBA DEL INMÓVIL, COMO SI QUISIERA SEPARARLE LOS CABELLOS) Eras sucio... y loco... Teníamos escrúpulos de restregarnos contigo... además, nos sacaba la veta. Ya no. (ASPIRA CON FUERZA) Este bronce huele bien, está limpio. Ahora tienes una función. ¡Vaya!, que eres útil en algo. Antes, ¿para qué servías?

CABALLERO: Para hacerlos a ustedes mejores... y que no fueran indiferentes ante la tragedia ajena... La *siribrisa* es la única que nunca me negó un beso o un masajito.

SIEMPRENIÑA: Lo que no me gusta es que no te mueves.

NARRADOR: Ella tenía un tic, que aprendió sin observar las narices de los conejos.

CABALLERO: Si te hubieras acercado sabrías de las muchas cosas que vi entre las deposiciones de gorrión del Paseo del Prado, en el hollín del Cerro o de la avenida 23, o entre el grajo de los estibadores y el desembuche agrio de los marineros borrachos en los bordes de la bahía.

NARRADOR: Un traslúcido halo draculeano rodea a la Siempreniña. De ella se han dicho muchas cosas. Algunas terribles, como que no se sabe bien ni siquiera la edad que aparenta... Los enviados del infierno, quienes a lo Fausto o Dorian Gray hacen pactos con el diablo, tampoco envejecen. Se respira un

caló! ¡Mi pobre madre se está disparando tremendo sol! Va a coger insolación y cáncer de piel. ¡Ay, me falta el aire! ¡Ay que me voy a mori!”, entonces sí hubiera sido el Infierno».

NARRADOR: Delante de nosotros, en las curvas del tiempo, se acercan unos jóvenes. El Don de La Habana recuerda unos versos del poeta loco.

CABALLERO: *No adivinas tu antigüedad / hombre del futuro / como no la adivinaron los antiguos / porque al fin y al cabo el fin de todo / futuro es la antigüedad.*

NARRADOR: Se ve una luz en lo alto del cerro.

CABALLERO: «Es el poder de Yahvé», dijo Isaac, tocando la tierra con la frente.

NARRADOR: El cura se ha arrodillado, en éxtasis, seguro de estar en presencia de la Virgen Inmaculada.

CABALLERO: Pedro, en cambio, entrecierra los ojos. «¡Un ánima en pena!», se persigna y echa a correr, gritando: «¡Un muerto! ¡Un muerto!».

NARRADOR: Sin embargo, John se mantendrá tranquilo, accionará su cámara fotográfica y comentará consigo mismo:

CABALLERO: «Otro ovni».

SIEMPRENIÑA: ¿Por qué no me haces un cuento?

CABALLERO: ¿Cuál? ¿El de la Caperucita?

SIEMPRENIÑA: Parece que se te están descruzando los cables: ya me hiciste el cuento de la Caperucita y la pipa en la barriga de la abuelita.

CABALLERO: En mis andanzas conocí a un loco que se sentaba a una mesa del portal de El

NARRADOR: ...agua de los ángeles...

CABALLERO: ...y comer *o que haxa*.

NARRADOR: ...lo que haya...

CABALLERO: Y fue tanto lo que sufrimos en todo el camino sagrado, que resolví no seguir en aquel pugilato de cosas. «¡La peste el último!», grité y me lancé de cabeza hacia el agujero negro como gallo tras gallina. Él se quedó adentro llorando, que si yo era un tramposo, que si me llevé la arrancada..., que si ahora no iba a salir, ¡vaya! Y cumplió su palabra: nació un año después por allá por la tierra ensangrentada en tardes de toros... y voces de vida sonaron lejos del Guadalquivir.

NARRADOR: Al fin Tomás logra desprender a Lucía y se alejan a cortas zancadas sin apuro.

CABALLERO: Como pisaba huevos y hormigas para nacer, decían de la madre que la había exorcizado un Platero, lo que me daba pie para cantarle, de jodedera, «un borriquito como tú que no sabe ni la u».

NARRADOR: La Siempreniña esboza un bailecito de taconeos y circulares movimientos de manos. «Canta», le digo. «Tengo miedo isqué-mico», me contesta y se ovilla en el contén.

CABALLERO: «¿Cómo hiciste para no estresarte, tanto tiempo en ese lago Quibú?» «Nada. Lo mismo que cuando uno camina de la Mancha a Kamchatka: gozar los alrededores, soñar el futuro, chiflar, hablar solo... ¡El Paraíso! Si hubiera dicho: “¡Coñó!, ¡cómo falta! ¡Qué

frankenstein en el ambiente, algo entre un doctor Jekyll y un señor Hyde. Pero..., agucemos los ojos y desempañemos los oídos, a ver qué sacamos de lo oscuro.

SIEMPRENIÑA: ¿Pateabas toda la ciudad? ¿Eras su «Don»?

CABALLERO: Sí, yo era el dueño de La Habana, por eso tenía sangre azul, como ese brochazo que sube por la Rampa desde el Malecón.

SIEMPRENIÑA: Muévete...

CABALLERO: ¿Tú no sabes que mi lecho era de clavos doblados y sin espinas? Todos los jardines eran mis camas; todos los portales, mis casas; todas las calles llevan las marcas de los huecos de mis suelas.

SIEMPRENIÑA: Pero ahora no te mueves...

CABALLERO: No hay pisada que no se dé sobre las mías, no hay mirada que no se pose en lo que yo vi... no habrá en esta Habana una felicidad más grande que la que todavía gozo.

SIEMPRENIÑA: Eres insensible... (PAUSITA)
¡Qué bien le queda la niña a esa ropita!

NARRADOR: Ella tiene la manía de arañarse la cabeza... Una anciana, al cruzar junto a ellos, le dice a su nietecita: «Las madres, para enseñar a sus hijos la sensibilidad, les pedían que compartieran sus chucherías con el Caballero de París. En 1961, cuando el pueblo se reunía en la esquina de 12 y 23 para llorar por culpa de la intolerancia, lo vi entre la multitud y le di un pan con croqueta.

Me dio las gracias y me regaló una notica de su puño y letra, que guardo con mucho cariño para que ustedes después tengan con qué llenar los basureros: DIOS, PAZ Y REVOLUCIÓN. (PAUSA)». El alma metálica del Caballero se arruga por no poder darle las gracias nuevamente.

CABALLERO: (SOPLA ENTRE DIENTES PARA ORDENAR SILENCIO) Yo soy un niño disfrazado de viejo (PAUSITA). Una vez vino a mí una niña, venciendo su miedo. «Yo quiero ser una Dama de París, y salir en los periódicos como tú, y que me descompongan una canción».

SIEMPRENIÑA: Es mentira...

CABALLERO: Miré a sus ojos turbios, color miocardio. «Para ser armada Dama de París no puede importarte mucho lo que la gente piense... ¿Andarías, como yo, sin rumbo fijo aparente, durmiendo donde te emboscara la noche, con tal de atrapar un sueño?». «¿Un sueño? Yo siempre tengo sueño», y bostezó.

SIEMPRENIÑA: No te creo. Te va a crecer la lengua como a Bizcocho (INSISTE EN SACARSE LA SANGRE DEL CUERO CABELLUDO).

CABALLERO: Me acaricié la barba y continué: «Mi sueño no me deja dormir hasta que lo encuentre». «¡Ah, porque está perdido!... ¿Y qué más debo hacer para tener tu fama?». «Uno tiene que ser una persona... dentro de

CABALLERO: ¿Qué tenemos, Tomás, que nos hace tan distintos? Pero al menos hiciste tu casa, no dormías solo y de cuidar de Lucía hiciste tu gran misión en esta tierra.

NARRADOR: El Hermes de la Lonja de Comercio desciende y vuela alegremente alrededor de la pareja. Apolo ocupa el lugar en lo alto y pulsa su lira.

SONIDO: HIMNO AL AMOR.

CABALLERO: (PREGONA) No tenemos culpas, Tomás. ¡Somos inocentes! (PAUSITA) La verdad es que Miguelito, mi amigo de Anda-lucía, lucía muy bien.

TOMÁS: Anda, Lucía. Tenemos que irnos.

NARRADOR: Pero Lucía se queda a escuchar la historia.

CABALLERO: Nos conocimos cuando éramos unos fetos en una andanza por la ruta de Santiago, por el Camiño Primitivo, a pagar promesas de otros, porque nosotros todavía no habíamos prometido. Con los corazones desmandados, cansados de oír ruidos de tripas y refunfunos confusos, solo nos quedaba parrafear. «¡Qué clase e caló'!», me decía él. «Esto se está secando. Estoy envuelto en un pellejo», comentaba yo, con dejo más gallego que cubano. De pascua a san juan nuestra situación mejoraba, pero no era fácil. Ya ni me acuerdo de nuestras desahogadoras pláticas. De regreso, mi madre invitó a la de él a descansar en nuestra casa, en Fonsagrada, donde podía beber *auga dos anxos*...

NARRADOR: En eso el camarógrafo acciona el zoom y aleja la imagen para darnos un plano general. Entonces descubrimos que el prado, el cielo y todo lo demás son un retablo y que los dos chinos son movidos desde arriba mediante hilos invisibles por otros dos chinos que conversan:

CABALLERO: «Para nuestra cultura el mejor gobierno es aquel en que el gobernado no siente que lo gobiernan, no se da cuenta». «Sí». «Por suerte nuestra vida no es este retablo. Nosotros somos capaces de construir el escenario y de mover los hilos». «Sí». «Pero yo, si quiero, en lugar de mover estos hilos para dar vida a esa marioneta, puedo hacer cualquier otra cosa...». «Sí». «...Por ejemplo, soltar los hilos y darte un puñetazo en plena cara».

NARRADOR: El otro no dice nada. Atrapa la mano en alto de su compañero, agarra un hilo invisible por encima de él y tira con todas sus fuerzas. Se rasga el cielo y cae, sobre el pequeño retablo que ellos habían construido, un gigantesco titiritero... y otro... y otro... y otro...

CABALLERO: ¡Hola! ¡Miren quiénes vienen!

NARRADOR: ¡Que alegría le da al Caballero ver a Tomás con su Lucía de la mano! Él, susurrando una oración; ella, que no para de reír, aunque todos los locos la quieran matar. Ahí van, como carta de amor que se lleva el viento... a ninguna parte, a ningún buzón. Tomás, tanta sabiduría arrinconada...

ese hormiguero que camina por las calles... No me negarás que entre ellos yo me diferencio, que soy fácilmente reconocible: un talante donde quiera que estoy».

SIEMPRENIÑA: Antes yo me diferenciaba porque hablaba sola. Ahora creen que converso por el celular. ¡Ya ni loca se puede ser!

NARRADOR: Estamos perdiendo los atributos. ¿Adónde vamos a llegar en este mundo que no se para ni un momento?

CABALLERO: «Además, debes vivir el instante como si estuvieras en el futuro. El mundo es como yo lo veo». Y se fue a rumiar.

SIEMPRENIÑA: Eso te quería decir... Es mentira: el mundo es como «yo» lo veo.

NARRADOR: Sí, pero no se para... Ella se mojaba la mano en la lengua y se acondicionaba los cabellos.

CABALLERO: Claro: el mundo es como «yo» lo veo.

SIEMPRENIÑA: ¿Te tropezaste por ahí con el sueño que buscabas?

CABALLERO: ¿No me ves aquí, mirando sin mirar? Algún día se me parará delante: ¡Cachán!

NARRADOR: De él no hablo, porque no hacía nada.

SIEMPRENIÑA: Los sueños no se paran, se acuestan.

NARRADOR: Ella saca un compacto y lo acicala.

SIEMPRENIÑA: A ver, que viene la televisión. Eres mi figura pública. No puedes seguir tan desaliñado. (SIN DEJAR DE MOVER EL APLICADOR) Esto es del tanque donde botan las cositas de las maquillistas. Yo estaba en

la esquina de 23 y M... ¡No! ¿Quién dice que están vencidas?... ¿Vacías?... ¡Qué risa me das!

ALGUIEN QUE PASÓ: ¿Lo ves ahí, convertido en estatua de sal? Se volvió loco en 1919. La mujer y los hijos venían de España en el vapor *Valbanera*. Les había pedido que se apearan en Santiago de Cuba y vinieran a pierrule, como él, que era un andarín empedernido... «Si Jesús y su Sagrada Familia iban a pie desde Nazaret hasta Jerusalén, ¿por qué no pueden ustedes venir desde Santiago? ¡O a caballo, como Narciso López!». (LAMENTÁNDOLO) No le hicieron caso y se hundieron con el barco.

NARRADOR: Al oír esto a cualquiera, inevitablemente, le tienen que venir a... ¡la mente! un sinnúmero de preguntas: ¿le habrán injertado a la estatua del Don de La Habana el cerebro de Donovan?, es lógico, ¿no? y ¿será culpable la Siempreniña de los desastres de la Perestroika? ¡Ejem!

CABALLERO: Tengo un secreto para ti...

SIEMPRENIÑA: No me digas nada que sea secreto, que no quiero que me chispeen los malos de almas traslúcidas, o que los buenos, esos de almas bien renegras, blancas o mulatas, me encanen, a mí no me gustan las canas... (SUSURRA AL OÍDO DE BRONCE) Ya yo tengo mis propios secretos en esta jaba.

NARRADOR: Un ejército de caballeros tectónicos irrumpe a toda carrera en sus motos *Forever*.

entre los cactus vecinos, / no merman mis desatinos / ni mis glorias ni mis karmas. / Hallo en los cruces las armas / que inflaman mis energías, / las cruces no son impías / diosas, son la vieja cruz / bendición de mi testuz. / ¡Crúzate en mis alegrías!

SIEMPRENIÑA: ¡Qué décima más corta!

NARRADOR: Como el repentista dispara una seguidilla, el bueno del músico no se pone bravo, pero se va y yo no lo acompaño para que ustedes no me extrañen.

CABALLERO: *Tócame como al Danubio / azul las fieras cloacas, / deposita las bellacas / tragedias en mi diluvio, / deja en mí todo el vesubio / de odio, las apariencias / con que invades las conciencias / y sofocas el pan fresco. / Tócame, que yo embellezco / con tus malas influencias.*

SIEMPRENIÑA: Tunturutún-tuntuntuntuturútún...

NARRADOR: ... y termina con la boca lo que dejaron de hacer las cuerdas.

CABALLERO: Gracias, muchas gracias, los amo...

NARRADOR: Dos chinos atraviesan un prado:

CABALLERO: «Verdad que la vida del hombre es la más feliz». «Sí». «Si uno fuera un árbol estaría empotrado en este campo y no seríamos lo libres que somos». «Sí». «Es una maravilla poder caminar por el mundo sin que nadie nos mande ni nos prohíba, sin la dirección de nadie. Esta es la verdadera y única felicidad». «Sí».

CABALLERO: Dar placer es bueno: eso es, en verdad, ¡ser bueno!

NARRADOR: Y, hablando del generador de placer, ella saca un cortaúñas oxidado de un lindo estuche de peluche rojo y trata de raspar el bronce del Caballero.

CABALLERO: ¡Ay, ay, que me va a doler!

SIEMPRENIÑA: Es que quiero que me canten: «En la estatua de este loco Siempreniña grabó su nombre henchida de placer». (PAUSITA) ¡Bobo, adentro está el poema!...

CABALLERO: No quiero que me lo saques... Es mío.

SIEMPRENIÑA: Deja ver si me llevas dentro del alma como un tatuaje del sol.

CABALLERO: Dentro de mi alma buscaré un lugar... ¡Nada!, mi alma es hueca...

NARRADOR: El Bicho, ese que nunca muere, apresta su vihuela desafinada y cacharreante... Y como que no se ve a Chichí por todo aquello, aprovecha el repentista de la Plaza de San Francisco de Asís.

CABALLERO: *Mírame, que me hacen bien / tus ojos en mi pescante. / Tu mirada es hierofante / que me corona la sien, / el talismán contra quien / busca postrarme de hinojos, / quien valida mis antojos / y los vuelve realidad. / Mírame, porque en verdad / yo creo en el bien de ojos.*

NARRADOR: El músico pone cara de bravo, porque el improvisador interrumpe su ejecución cuando más emocionado estaba.

CABALLERO: *El cruce de los caminos / El cruce de tus pisadas / El cruce de las pedradas /*

CABALLERO: Júrame que ninguna lengua se enterará, ¡ni la de señas!

SIEMPRENIÑA: Esta misma jaba es un secreto...

POLEMISTA: Lo que contó aquel viandante es un invento. Esa es la historia de otro vagabundo. Ese sí perdió a toda la familia y se volvió una cabra.

CABALLERO: Ayer vino a verme un loco de la Tierra Santa...

SIEMPRENIÑA: ... me la robé de un tanque de basura...

CABALLERO: ... traía una luz, como la del Faro..., del Morro..., o los anillos de Júpiter dándole vueltas alrededor de la calva...

SIEMPRENIÑA: ... en realidad no me la robé...

CABALLERO: ... y un saco roto lleno de reliquias. Metió la mano y me dio a oler un puñado de aire...

SIEMPRENIÑA: ... la cogí prestada hasta que aparezca el dueño...

CABALLERO: ... me pareció por su frescura y limpieza que su brazo estaba conectado a la selva amazónica y a un frasco de los jardines de Babilonia; olía... a cielo tranquilo y mar despejado, a bondad sin antónimo, a naturaleza recién creada.

SIEMPRENIÑA: ... ¿Serás tú el dueño?

NARRADOR: Ella tiene unos ojazos negros...

CABALLERO: Metió la mano y me tocó la ternura de los barrios marginales...

NARRADOR: ... de un raro fulgor.

SIEMPRENIÑA: ¡No quiero saber nada de tus secretos!

CABALLERO: ...y escuché el coro de los ángeles mestizos, entonando en un rap «amémonos todos».

SIEMPRENIÑA: Me estoy aburriendo.

CABALLERO: Traía las sorpresas del Paraíso, las promesas cumplidas de la Gloria...

SIEMPRENIÑA: ¡Ay!, ¡qué rico! (BUSCA EN DERREDOR) ¿A quién le sobraría un pan de gloria?

CABALLERO: Le pregunté, sin apartar los ojos de los huecos del saco: «¿Y qué te trae por aquí?». Miró desconfiado a todas partes, acercó su rostro a mi oído, ocultó su boca tras una mano...

SIEMPRENIÑA: (AGITÁNDOSE LA BARRIGA) Estoy partía.

NARRADOR: Ella tiene un tic, que en ocasiones se manda.

CABALLERO: ... y me susurró: «Vine a llenar el saco». Debí de ponerle facha de loco, porque se creyó en la obligación de explicarme: «Es santo el suelo donde el Mago Dios plantó su pie, o una mano, donde quiera que posó su mirada o derramó su aliento, la piedra donde se sentó, el brocal en que aplacó su sed». Y cerró la boca para que solo yo lo escuchara: «Pero esta es la más sagrada de todas las tierras, la comarca de los buenos deseos..., aquí dejó el Mago Dios a guardar su corazón».

SIEMPRENIÑA: (EN VOZ MUY BAJA) Yo lo llevo aquí en mi jaba...

CABALLERO: Me vio más cara de loco todavía: «...Si no me crees, mira a tu alrededor. Y tener el corazón del Mago Dios es tener el corazón del mundo, el alma del Universo. Guárdame el

de aprender... Cruza, suspicaz, el Parabolano con sus tijeras de ahuecar bolsillos, chiflado por cortar tela... Lo siguen, con pasamontañas, nasobucos y espejuelos oscuros, Billy, Jesse, Bonnie and Clyde acompañados de toda una manada de asaltacunas estafadores de ancianas. Van lamentándose porque no hay bancos que desplumar...

CABALLERO: Los bolsillos de la gente son los mejores bancos del mundo.

SIEMPRENIÑA: Y los de Prado, con sus leones de sepsas.

NARRADOR: El carterista, que lleva rato dando vueltas y haciéndose el chivo loco abrazado a su maniquí de cascabeles, sonríe, asiente con todo el cuerpo, sin que salga siquiera un *tin* o un silbo de la serpiente.

CABALLERO: ¿Para qué el Mago Dios te dio la generación de placer?

SIEMPRENIÑA: Dame un peso y olvida que me lo has dado...

CABALLERO: Evitar dar placer es ser malo.

SIEMPRENIÑA: ...Eso me daría mucho placer.

CABALLERO: Detestar dar placer es ser malo.

NARRADOR: Se acerca un tipo con tremenda jeta de forajido corrupto con un cartel en alto: COMPRO COARTADAS, da una vueltecita por la plaza y se pierde rumbo al puerto.

SIEMPRENIÑA: Cada vez que te digo lo que siento, tú siempre me respondes de ese modo... ¡te haces el loco, chico!

SIEMPRENIÑA: A mí no me gusta pensar... Me da asco.

CABALLERO: Renuncio a no pensar... Durante mucho tiempo me decía el dueño de aquel solar...

SIEMPRENIÑA: Vieja loca...

CABALLERO: ... «Dedíquese a hacer lo que le corresponde en este momento, que ya los que tienen que pensar en lo que usted está pensando...»

SIEMPRENIÑA: ... apestosa...

CABALLERO: «... estarán haciéndolo; ¡déjeles esa tarea a ellos!».

NARRADOR: En eso Sancho Panza, que cruza junto a nosotros, dice: «A propósito, no van lejos los de atrás si los de adelante van despacio; a barriga llena, retrete contento; al camarón electricista lo coge la corriente...».

CABALLERO: Por eso desaparecieron las frutas taínas, las manzanas tampoco se dieron... y así...

SIEMPRENIÑA: Creo que le estoy cogiendo el gusto a pensar.

CABALLERO: No siempre caminaba... Yo tenía carné de empleado para todas las guaguas de Cuba... Aunque en realidad la 32 era muy pegajosa conmigo... Acabo de sacar una conclusión...

NARRADOR: «... donde las toman no las dan; el que come bueno y malo es porque no le queda otro remedio».

CABALLERO: Los perros no siempre ladran por comida.

NARRADOR: Los refranes se alejaron y dejamos

secreto, no le digas nada a los policías, porque serían capaces de escoltarme con sus sirenas, saldríamos en los periódicos de las nubes, y mañana estaría todo esto lleno de cruzados nucleares con sacos locos, convirtiendo esta santa tierra en infernal».

SIEMPRENIÑA: (BAJITO) ¡Cállate! Por ahí viene un policía.

NARRADOR: Acaba de pasar la retaguardia de los caballeros en sus velocípedos de propulsión a chorro.

CABALLERO: No sé cómo dejamos que llegara este invierno de cuatro estaciones.

PARABOLANO: (ENTRA, LIBRETICA EN MANO, AMENAZANDO LA HOJA CON LA PUNTA BOLA DEL LÁPIZ) ¿A qué institución usted pertenece?

CABALLERO: A la mía... Ahora yo soy la institución.

DAMISELA ENCANTADORA: Perdone, Institución, pero yo le digo José, su nombre de pila verdadero... (A LOS OTROS) Él tenía una novia, en aquellos tiempos en París. Mantenían comunicación por correo. Un bello epistolario que nada tenía que envidiarle al de Hatuey y Guarina, o al de Teresa y Juan Quinquín... Ella le prometió venir a encontrarse con él, para casarse y ser muy felices... Como Penélope en el andén, esperó el barco en la Explanada de la Punta con un ramo de flores en una mano y mucho nerviosismo en la otra. Había un temporal

de tres madres, del mismísimo padre de los ajíes. El barco se fue asomando poco a poco, acercándose a la boca del puerto. Pero ni las olas y el viento ni el frío del mar querían que entrara el *Valbanera*. Él, que no veía bien debido a la lluvia, como un gato sobre un tejado de cinc caliente, confundió una banderola maltrecha por las ráfagas con el pañuelito de cenefas bordadito que, suponía, ella agitaba. Su mano nerviosa, al saludarla, no parecía un limpiaparabrisas, no, un compás, porque temeroso de no ser visto por la amada, trazaba en el aire círculos completos... Pero el barco, en lugar de meterse en el refugio de la bahía, comenzó a retirarse. Era lo más sensato, para no ser arrojado violentamente contra el barranco del faro. «¡No!», gritaba José, cariñosamente Pepito. «¡Hacia acá!». Con el agua a la cintura, por la inundación, las olas lo vapuleaban... Él, como si fuera práctico del puerto, no cejaba en tratar de guiar al timonel hacia la entrada salvadora. Hasta que el *Valbanera* desapareció tras una pared de ráfagas y lluvia.

NARRADOR: No le cabe un alpiste en los oídos a los presentes, expectantes como están.
(TRANSICIÓN) ¡Eh! ¿Y el Parabolano?

DAMISELA ENCANTADORA: Antes de irse, me entregó su ramo de flores. (MUESTRA UN MANOJITO ULTRASECO). Este que aquí

pipisigallo, la única que le queda cerca con los árboles protectores?

SIEMPRENIÑA: A mí todos me dan sombra.

CABALLERO: No puede convencerse de que todos la envidian, que hay que tirarles a los demás con todos los yerros, que debe comer candela.

SIEMPRENIÑA: Como en el circo, pero no se la comen... son lanzallamas que sirven para cocinar cuando se va la luz y no hay gas.

CABALLERO: ¿Y eso de virar los daños? «No. Yo no quiero hacerle daño ni al que me lo desea», le dice a la mujer de las cartas. «Además, después lo vuelven a virar y así, una eternidad. No. ¡Eleve ese ser! Haga otra cosa».

SIEMPRENIÑA: ¿Que cambie una vida ya en las últimas con mangones sanos desconocidos, para que mueran por manguitos podridos? ¿Qué derecho tengo yo?

NARRADOR: ¿Y eso de sacrificar pobres animalitos?

SONIDO: ALETEO DE PALOMAS.

NARRADOR: Misteriosamente las palomas abandonan la plaza. ¿Tendrá que ver con el asesinato que se acerca sigilosamente a cumplir su designio contra la Siempreniña?

SIEMPRENIÑA: Si hago todo eso me vuelvo cuerda traslúcida. No puedo.

CABALLERO: Y aunque sean tus sacrificios o peticiones de salud, ¿qué derecho tienes a embasurarme la ciudad?

NARRADOR: ¡Ejem!

CABALLERO: Soy el que piensa...

¿Sabes?, me distinguí como capitán de los restaurantes de los hoteles: Sevilla, Royal Palm...

NARRADOR: El otro se desenrolla la toalla, se la cuelga al cuello y se aleja entre un grupo de turistas playeros.

CABALLERO: Telégrafo..., Saratoga... Tienes que amar la tierra que pisas...

SIEMPRENIÑA: ¿Y si la amas por qué la pisas?

CABALLERO: Sea cual sea... El enredo de conciencia, ¿lo conoces?

SIEMPRENIÑA: Gracias, ya desayuné.

CABALLERO: Mi amiga tiene un gordiano en la azotea. Se hace una limpieza y no sabe dónde botarla: ¿frente a la casa del vecino?, ¿para que le pongan una multa a él y no a ella?... ¿en la mata del parque donde juegan los niños del barrio?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, no, no! Que, si la toco, puedo chocar con una piedra y levantarme una uña.

CABALLERO: ¿Tirlarla en unas cuatro esquinas para que los ciegos y entretenidos recojan sus achaques y desventuras?

SIEMPRENIÑA: ¿O aquí mismo, a tus pies, a ver si sales caminando y ella se vuelve estatua?

CABALLERO: ¿Ensuciar la acera de un hospital con el huevo que lleva en la mano para salir bien en su operación?

SIEMPRENIÑA: ¡Qué fijación tienes con el huevo! ¿No sabes que las gallinas ya no ponen?

CABALLERO: ¿Colocar sus ofrendas en la avenida más céntrica del país, por donde pasa hasta el

veis... Al otro día, a la misma hora, volvió con otro ramillete novelero... Fuimos diez las habaneras que recibimos flores de él, por cada uno de los días que se repitió la escena debido a la falta de noticias y a que el amante era empujado hacia el puerto por la que nunca se pierde, hasta que los periódicos publicaron la novedad: había sido encontrado el vapor a doce metros de la superficie. Ahí Pepito dio riendas sueltas a los disparates.

SIEMPRENIÑA: ¿Ay! ¿Qué historia más linda!

CABALLERO: ¡Ah, que me calle! La gente debería ser muda. De todas maneras, uno no escucha más que soliloquios. Van dos. Uno habla siempre de sus obsesiones. El otro no lo escucha, está pensando en su propia idea fija para decirlo cuando haya un segundo de silencio en el soliloquio de su interlocutor. Y yo no debería estar en este lugar, donde no puedo hacer otra cosa que escuchar los soliloquios que dicen o piensan todos los que pasan por mi lado. Yo necesito un refugio para repensar mis obsesiones. A mí no me importan ni los placeres sexuales de unos, ni los libros que se han leído otros, ni las películas que han visto, ni los ponches que dio Omar Linares, ni los títulos académicos que han obtenido, ni los premios que han ganado. Todos siempre hablan de lo mismo: el soldado, de que mataría gustoso a tiros al hachepé de su jefe; el basurero, de las bolsas de nylon, los

pomos plásticos y las laticas de cerveza; el pintor, de los desnudos; la costurera, de los zurcidos; el manisero, de los inspectores y policías; el músico, de las musas morenas; el barbero, de los pelos; el carpintero, del aserrín; el tornero, de las limallas; el mujeriego, de las idas y venidas; otros de la ruina, del imperialismo... Todos tratan de justificar sus errores y son capaces de matar por eso: el barbero, por sus cucarachas; el carpintero, por las rajaduras que disfrazó con cera...

NARRADOR: Ella arranca una hojita de laurel de la corona de Nerón, que por casualidad encabeza su hermosa corte de asesinados entre un tumulto de turistas arahuacos.

SIEMPRENIÑA: Me parece demasiado largo tu soliloquio... ¿Ya te leíste «El mendigo y el príncipe»? Es el desecho que más me gusta... Al final los dos eran mendigos.

CABALLERO: Todos pasan con sus obsesiones y no me ven... Quisiera gritarles que yo también existo, ¡que pienso, concho!, ¡que me dejen moverme para esquivar las mangueras de los perros y las escupidas traseras de las palomas!

SIEMPRENIÑA: (HACE UNA MUECA) ¡Ay!, ¡ay! ¿Por qué gritas?

CABALLERO: Pero no lo hago por los niños... los niños nacen sin historia, no lo olviden nunca; y siempre tienen obsesiones lindas, no han cometido errores conscientemente,

CABALLERO: Déjalo, es uno de los coloquiadores de Cervantes.

SIEMPRENIÑA: ¡Pasa perro!... No me ladres más... Chico, siempre está pidiéndome comida.

CABALLERO: Si tú supieras lo que yo sé, no dejarías que ese perro te ladrara.

NARRADOR: Se acerca un individuo con una toalla arrollada a la cabeza.

CABALLERO: De tu nacimiento para atrás, millones de años...

SIEMPRENIÑA: ¡Ujú!

CABALLERO: ...de tu muerte en adelante, millones de años.

SIEMPRENIÑA: ¡La señal de la cru! ¡No menciones a esa señora!

CABALLERO: Somos de los millones de años. ¿Qué representa entonces un día, un mes o un lustro más o menos? Ya lo dijo Santa Teresita del Niño Jesús: «La vida es un instante entre dos eternidades».

HOMBRE: *No te entretengas en arrancar flores para guardarlas...*

CABALLERO: ¡Hola, Rabindranath!

NARRADOR: El Don de La Habana nunca se puede quedar dado, ¡no pierde ni a las escupidas!, y dice:

CABALLERO: *Recojo esa flor / que se avejenta / para cuando decreten la clausura / del recuerdo colgante de Babilonia / y este añico de espejo de lentejuela / con su rayito de sol por si se acaban / los astros y luciérnagas...*

ella jovencita, nadie podía entender que no cargaba conmigo por mi dinero, mi casa o mi malicia.

CABALLERO: A quien no le importa nunca entiende... Ella, Camila, y tú, Nico...

ALGUIEN: Tuvimos la suerte de descubrirnos aún entre el tumulto, en diferentes siglos y países... Todo estuvo bien hasta la sexta reencarnación...

CABALLERO: A quién le importa, tampoco...

ALGUIEN: ... me puse celoso, la maté a ella y al que suponía su amante, y me colgué de la rama más alta de una secuoya. Me castigaron.

CABALLERO: Sí, como al gallo del Diezmero: de fricasé en el caldero.

NARRADOR: Pasa un carretonero gritando: «Cambio globos por botellas».

ALGUIEN: En este nuevo ciclo, luego de años y años de desandar, de coger aquí y dejar allá, de estar con Vicente y los otros veinte, haciéndose un guiñapo en mi búsqueda, no pudo imaginar que fuera el mismo al encontrarme un asco en el Parque del Curita...

CABALLERO: ¡Ah!, uno de mis favoritos.

ALGUIEN: ... ni lo sospecha cuando tanto gusto se da, sino que siente vergüenza, me bota de la casa, me cierra la puerta. «Soy yo, mi amor, tu mitad de tantas vidas», le grito desde fuera, pero hace caso omiso de mis ladridos.

SIEMPRENIÑA: (LLEGANDO) ¡Pasa perro, pasa!

no han engañado ni obligado a nadie... Por ellos todavía estoy aquí...; y por esos padres que vienen con sus cámaras fotográficas y sus cakes a celebrar conmigo los primeros añitos y los quince; y por las novias que me regalan sus flores... y por el guiño cómplice de los novios cuando se alejan.

SIEMPRENIÑA: (DA UN SALTICO, APARTÁNDOSE DE LA PARED) ¡Cuidado, que nos salpicas! (AL CABALLERO) Mira a ese manguero ahí, y no es ni paloma ni perro.

CABALLERO: Yo solo veo una vejiga a punto de reventarse.

SIEMPRENIÑA: Es asqueroso.

NARRADOR: Se tapa la nariz y trata de no ver al intruso, escondida detrás de la escultura.

CABALLERO: Cuando a César Augusto le dio por perfumar sus templos y otras majestuosas edificaciones, no repartía aromatizantes ni agua de colonia, no les untaba *Alicia Alonso* a las columnas ni a los costados de las escalinatas: llenó a Roma de letrinas.

SIEMPRENIÑA: Oca, no hay cuerdos totalmente cuerdos, como no hay cantante salsero que no diga: «¡Todo el mundo con la mano arriba!».

CABALLERO: Los genios no existen. Solo el acceso a la información.

SIEMPRENIÑA: O pesca'o en tarima...

NARRADOR: Marcando y marcando territorio se acerca Rintintín... Se cambió el nombre y ahora muerde al que le diga Diana.

CABALLERO: Hasta las perras levantan la pata en los postes.

SIEMPRENIÑA: Y los locos se agachan.

CABALLERO: Ya quisiera yo, aunque fuera agacharme por un ratico... Antes de mandarte para acá te dijo el Mago Dios: «Te condeno a muerte». Viró un reloj con la ampolla superior llena de años, semanas, días, horas, minutos, segundos... «Tu vida durará lo que tarde ese oro en caer. Decide en qué lo vas a emplear». Puedes estar segura de que no te lo dio para malgastarlo. No imaginas en cuánto se cotiza el tiempo en la bolsa del Cielo.

NARRADOR: Y, cambiando el tema, la tragedia del *Valbanera* está rodeada de misterio. Muchas hipótesis, hasta las más fantásticas, se han tejido alrededor de este desastre. Pero ninguna ha dado respuesta a las preguntas: ¿por qué, si su destino era La Habana, el vapor zozobró en las cercanías de La Florida?, ¿en qué momento ocurrió el naufragio que la experimentada tripulación no tuvo tiempo de enviar solicitudes de socorro, precisamente cuando se inauguraban las radiocomunicaciones con La Habana?, ¿algún desperfecto a bordo?, ¿qué provocó el hundimiento?, ¿por qué nadie usó los botes salvavidas?, ¿por qué, si entre tripulantes y pasajeros sumaban 488 personas, nunca ha sido hallado un cuerpo?...⁴ El Caballero de

⁴ Las fuentes no se ponen de acuerdo en las cifras. Aquí reflejamos el cálculo aproximado de Siempreniña.

CABALLERO: ... y un perro, la madrugada y el frío...

NARRADOR: El señor flaco y la señora gorda enfilan por allá por la esquina, a la espalda de ellos, se aproximan a prisa y arrancan el cartel.

CABALLERO: ¡Auxilio, me ahorcan!

NARRADOR: Ella se lamenta: «Tremenda multa tenemos que pagar»; y él, como ustedes supondrán: «Por culpa tuya que siempre estás fastidiando con la permuta».

CABALLERO: No me gusta que me digan callejero para que no me confundan con un perro.

NARRADOR: Siempreniña se aleja a buscar merodeos. El Caballero suspira con disimulo. Alguien le habla desde atrás.

ALGUIEN: Unas veces fui Romeo, ella Julieta; otras, yo Desdémona, ella, Otelo; yo Cecilia y ella Leonardo...

CABALLERO: ... tú, Catalina, y ella, Potemkin...

ALGUIEN: ... pero siempre terminábamos encontrándonos, una victoria, por cierto, que no puede cantar todo el mundo.

CABALLERO: ... tú, Leonardo, y ella, Cecilia...

ALGUIEN: En ocasiones cuando tropezábamos ya la encontraba casada o casado, y me convertía entonces en su gigoló o su concubina. Igual ocurría en caso contrario.

CABALLERO: ...tú, María Silvia, y él, Elpidio...

ALGUIEN: De nacer con materias de un mismo sexo, no nos importaba escandalizar a medio mundo, y si coincidíamos estando yo viejo y

CABALLERO: Escucha a Isaías: «¡Ay de ti, destructor no destruido; traidor no traicionado! Los que te amaron un día serán tus jueces, Satanás”».

SIEMPRENIÑA: ¡Solavaya! No menciones esa palabra...

CABALLERO: A propósito, ¿cuándo empezará la racha de suicidios de los nuevos jítleres?

SIEMPRENIÑA: Deja que pierdan las guerras mundiales, mi papáito Mayarí.

TIN BORUGA: Y yo que no puedo suicidarme. Porque en ello no hay manera de ser único. Yo, Tin Boruga, un guarapo social; un tufo a grajo, un exiguo; Tin Boruga, un cascajo, una estampa amputada, inconclusa, un concierto sin cierto, ocambo que hace años tuvo los presupuestos internacionales y ahora está hecho serrín, tronado y destronado, que fui más suculento que Valentino y Alain Delón juntos, ahora me arrastro como un bloque matahambre sin dulce de guayaba al que las moscas se desnucan por disminuir.

SIEMPRENIÑA: ¡Nadie te mandó! ¡Fuera!

TIN BORUGA: (SE ALEJA LLORANDO) ¡Que ni suicidarse originalmente puede uno ya en este mundo!

CABALLERO: Dos patrias tengo yo...

SIEMPRENIÑA: Sí, Cuba y la noche...

CABALLERO: España y Cuba...

SIEMPRENIÑA: ... y la noche...

París miró al suelo, ya saben: sin mover los ojos, y luego contempló el cielo de izquierda a derecha.

CABALLERO: Pues sí, andaba ese amigo mío, a lo largo, toda la Gran Muralla, se trepaba al Turquino del mundo, bajaba a las estepas mongolas a jinetear con los recontranietos de Gengis Jan, se entretenía en atrasar el carrilón del Kremlin, se escapaba a los baños sagrados del Ganges, con «la luna nueva de los santos», merodeaba por el Taj Mahal, buscaba bijol en el río Amarillo, y así... Asia arriba, Asia abajo...

SIEMPRENIÑA: Claro, por una escalera.

CABALLERO: Hasta que llegó la sequía grande. La gente se moría deshidratada. Ahí mismo descubrió su vocación de salvador. Se buscó un pico, una pala, una barreta, una soga larga, una cesta y un ayudante. Él mismo cavaba y paleaba, mientras el otro, arriba, izaba y vertía fuera del hueco. Se le veía trabajar tranquilo, convencido de que el agua estaba cerquita. (PAUSITA) Se equivocó. Pero no se detuvo. Ya no escuchaba la voz de su ayudante ni veía luz alguna. Nunca nadie había excavado un pozo tan profundo ni en tanto tiempo. Sabía las horas cuando la cesta bajaba con merienda o con almuerzo. Después de regresar los cacharros de la comida junto con sus «necesidades» sólidas, porque las líquidas ayudaban a reblandecer la roca, sabía que

ya era hora de dormir, para volver a ser despertado a la mañana siguiente con un cestazo en la cabeza. Se incorporaba y seguía cavando al tacto. Una de esas noches en que soñaba con topos, cangrejos, arañas peludas y lombrices, escuchó debajo de él algo así como un trueno —«¡El manantial está cerca!», se dijo—...y una voz: «María, recoge la ropa, que va a llover». No le costó ya mucho trabajo salir al aire libre. Ese fue el primer chino que llegó a Cuba..., fue no lejos de aquí, cerca de una casa junto al río Almendares. Mientras hubo sequía en Asia él estuvo devolviendo, con agua pura de la Chorrera, los cubos que le tiraban... Hasta que recibió una nota: ESTÁ LLOVIENDO CANTIDAD. YA PUEDES REGRESAR, PERO TEN CUIDADO CON LAS INUNDACIONES. TE QUIERE, CHIN CHIN... ¿Regresar? ¿Cómo se iba a tirar él en un pozo tan profundo? ¿Y si al llegar al otro lado del planeta no se detenía hasta el espacio sideral? Un día se aburrió de no hacer nada por acá y se fue a México por el trillo de Juan Candela en Pueblo Mocho. (MIRA DE REOJO A LA SIEMPRENIÑA) ¿Te gustó la historia?...

SIEMPRENIÑA: ¿Qué historia?

CABALLERO: Está basada en hechos reales... Te puedo dar las fuentes bibliográficas.

SIEMPRENIÑA: (SE FROTA LAS MANOS)
¡Vengo de lo más contenta! ¡Acabo de ver un accidente terrible!

ENTRA EN LA PORTERÍA) Ella es tor-nasolada.

SIEMPRENIÑA: ¡Ay!, ¡qué linda soy! Ya aboliste el racismo para siempre...

CABALLERO: Los locos en Cuba no maldicen, ni sus profetas: todos bendecimos. Los pueblos que son maldecidos por sus propios hijos llevan consigo por siempre la infelicidad.

NARRADOR: Un orador descalzo baja de un platillo volador, semejante a un carro de fuego.

CABALLERO: Escucha a Isaías: «Benditos los funcionarios venales, los corruptos y los nepotistas; bendita jinetera que prostituyes tu cuerpo; bendito nuevo rico que pasas y no das limosnas; bendito poderoso que vas en tu carrito y no recoges a nadie; bendito demagogo que pululas por las calles; benditos los usurpadores de la verdad, los tergiversadores de la historia; benditos los que explotan a las viudas, los que mantienen a los huérfanos en la miseria...; benditos porque esta bendita ciudad, esta bendita tierra acabará un día con todos sus vicios, y de tanta miseria resurgirá la bendita extirpe de los locos, cuya ruta será bendecida por los siglos de los siglos».

NARRADOR: Eso ha sido repetido desde hace milenios por todos los creyentes.

SIEMPRENIÑA: Por eso, bendita sea esta tierra y los que en ella viven, benditos sean los que la amen en cualquier lugar donde sus corazones se anginen.

SIEMPRENIÑA: ¿Qué escritor loco?

CABALLERO: Nuestro generoso y troglodita escritor, el que escribe nuestras vidas. Por eso todas son diferentes.

SIEMPRENIÑA: El mío escribe sobras, no obras, porque casi no tiene tiempo para garabatear.

NARRADOR: Ella tiene como un polvo de estrellas muriendo en sus cabellos.

SIEMPRENIÑA: No me gustan los locos. Siempre dicen cosas turbias.

CABALLERO: En un tiempesito trabajé de oficinista. Cuando me fui, inventaron la burocracia con comillas. ¿Recuerdas cuando éramos tú, Dulcinea, y yo, Rocinante?

NARRADOR: Ella lo sabe: la semana tiene más de siete días y hay luz del otro lado de la luna...

SIEMPRENIÑA: A ver, señor escritor... ¿De qué color soy yo?... No digas que soy rubia porque te van a decir racista... Mucho menos, negra... Una negra, ¿loca?... Te van a gritar racista... ¡Ni me tiñas de mulata!... ¡Racista! ¡Racista! ¡¡Racista!!

NARRADOR: No pierdas el tiempo. Aquí el autor es mudo. Le mandé a hacer un trabajo con los mejores brujeros del Caribe, para que no pueda hablar mientras yo esté presente.

SIEMPRENIÑA: Pero, por fin, ¿de qué color soy?

NARRADOR: No te preocupes, que eso lo resuelvo yo... (PAUSITA. TRANSICIÓN, CON VOZ DE PELOTA DE FÚTBOL QUE

CABALLERO: ¿Y cómo fue eso?

SIEMPRENIÑA: Un hombre con una gorra y un maletín iba a cruzar la Avenida del Puerto, sin fijarse en un camión que venía a todo galope. La gorra salió como una pelota bateada por Agustín Marquetti y se encajó en la cabeza de una alta farola; el maletín abrió sus intestinos de calzoncillos «mata-pasiones» y medias rotas sin lavar; y el hombre quedó debajo de las jimaguas pintando el asfalto de óxido rojo y con la boca desencajada, como riéndose... Lo cogí por el brazo y le dije: «¡Cuidado...!». ¡Qué contenta estoy!

NARRADOR: En virtud del homenaje que merece la víctima, pedimos, por favor, un minuto sin lectura.

CABALLERO: No todos los días se le presenta a uno la posibilidad de ser héroe.

SIEMPRENIÑA: Cuando veo las cosas antes de que ocurran soy feliz. Pero si me quedo pasmada y dejo que pasen, lloro como el cielo cuando no puede evitar que el barredor de tristezas rompa la flor del romerillo.

NARRADOR: El *Valbanera* zarpó de Barcelona el 10 de agosto de 1919, con escala en Valencia, Málaga, Cádiz, Las Palmas, Tenerife, Santa Cruz, San Juan de Puerto Rico y Santiago de Cuba, para llegar al puerto de La Habana el 9 de septiembre. Ese día apareció también en La Habana un huracán que, habiendo pasado por La Española, amagó dirigirse bien al norte, a

las Bahamas, y de pronto, como nave sin rumbo, se desvió hacia el oeste, cruzando entre la península de La Florida y Cuba, por lo que el vapor recibió todo el brío del aspa sur de la tormenta, con oleaje intenso y vientos calculados en 240 kilómetros por hora. ¡Carajo! ¿Y a qué se debe esta obsesión mía con el *Valbanera*?

CABALLERO: Actúa siempre sabiendo que eres observada: si no por el Mago Dios, por los muertos; si no por los muertos, por los vivos mira-huecos; si no por los mira-huecos, por los que, como yo, se meten en tus pensamientos. Y cuando ya estés muerta, todavía los que lleguen en la máquina del tiempo podrán hurgar entre tu ropa interior, en tus sábanas y en tu bañadera, estando tú en ellas...

SIEMPRENIÑA: Por eso yo prefiero el aire libre, donde nadie me ve.

CABALLERO: ... en tus ocultos enterramientos...

SIEMPRENIÑA: Todo enterramiento oculto es ilegal. Algo de oscurito siempre tiene.

CABALLERO: ... en aquellas cosas íntimas que resguardas de las miradas indiscretas.

NARRADOR: La Siempreniña recoge un cabo de cigarro del piso, le pide candela a un extranjero y sopla el humo en el rostro de bronce.

CABALLERO: (TOSIENDO) Lleva más de dos horas en una carretera, esperando por al menos una carriola que lo recoja. Da pasitos de un lado a otro, como lagartija en palangana, con la mueca de Satanás sin espejo ensamblada en el rostro. Al fin aparece un auto. Es un amigo.

mensaje de cariño. Pero ella siempre dijo que era un viejo sucio y, por no darme un beso, ni yo fui Presidente ni ella Primera Dama del País de la Caricia. No fuimos dos hojas que el viento juntó en un retoño. Por culpa suya los dos terminamos de limosneros.

SIEMPRENIÑA: ¡Claro! Por eso no te pregunté quién tenía la culpa.

CABALLERO: Fue un cataclismo para los dos... Me agradaba verla saboreando los mocos y sacarse los piojos...

SIEMPRENIÑA: Ese poeta me dedicó una poesía: «porque son, Siempreniña, tus ojos negros como el sol...».

CABALLERO: ... sus amaneceres legañosos, su desaliño de todo el día. Pero ella no me quiere.

SIEMPRENIÑA: ¿Por qué dices eso?

NARRADOR: En tanto, los perros siguen pintando de mal aliento las paredes.

CABALLERO: No entiende que los viejos no oyen bien, no ven como antes, que todo se les olvida... Quien me quiere busca mi voz en el reguetón de los ángeles y en el aleluya de los demonios, le gusta que le lea la palma de mi mano para meterse en ella a vivir las tormentas y reír las miserias del color del viento, de la huella de un ave... Quien me quiere no tira mi arpa en el rincón de los cacharros, sino que la pulsa hasta exprimírle la última esencia. Quien me quiere anhela que le lea los más mínimos decretos de mi escritor loco.

verdad, si es que los hay, huelen a muertos desde que nacen. La humanidad es hija de los que se escondieron mientras los corajudos se mataban entre ellos. En todo caso, los cobardes, más inteligentes, quedaban para rematar y para preñar las mujeres de los bravucones que morían en los campos de batalla o regresaban mutilados y adoloridos. A decir verdad, hay que tener glándulas para sobrevivir y quedarse a criar los hijos. Morirse puede cualquiera. Debo escribirle una oda a la cobardía». El pobre, no pudo inspirarse, se envalentonó de pronto y lo mató una ruta 22.

SIEMPRENIÑA: Dime la verdad: nunca me has visto.

CABALLERO: Toda la vida... me pareciste una niña sola, o quizás un pequeño gorrión mojado...

SIEMPRENIÑA: ¿Te enamoraste alguna vez?

CABALLERO: Vendí flores... Y no tan caras como ahora... que los floreros quieren volverse millonarios en media jornada laboral.

SIEMPRENIÑA: Nunca he visto un búcaro con mucho dinero... Con unos kilitos, sí.

CABALLERO: También fui sastre... Desde entonces no hago más que ver las costuras zigzagueantes, los malos entalles, los cuellos torcidos, las mangas desaparejas... ¡Uff!... Amo a Esquila.

SIEMPRENIÑA: ¡Qué nombre más raro!

CABALLERO: La llamo así porque es tan pequeña como una nota que nunca llegará a ser carta, porque creo hallar en sus ojos un pequeñito

SIEMPRENIÑA: Yo también tengo un leopardo.

CABALLERO: Se monta, con la felicidad no fingida de los botelleros. «A ti sí que te va bien», le dice. «Se te ve saludable, tienes los cachetes gordos y... ¡mira!, ¡con un carro y todo!». Saca un cigarro para encenderlo. «¡No me fumes aquí, por favor!». «Es que mi vida es una tortura. No me puedo contener... Yo boto el humo por la ventanilla». El otro hace un gesto de resignación. El pasajero vuelve a la carga: «Dime, ¿cómo es que te puedes dar esa buena vida? ¡Con carro y todo! ¡Quién lo iba a decir! ¿En qué estás trabajando?». «En lo de siempre. Solo que me compré una alcancía y dejé de fumar».

NARRADOR: Algunos piensan que Siempreniña era la amante del Don de La Habana. Dizque al verlo vuelto loco creyéndola muerta en el naufragio del *Valbanera*, ella también se amazorró, aunque nunca quiso, como él, que la guardaran en el sanatorio. De ser cierto, puede ser muy peligroso, porque eso significaría que serían los muchos sus enemigos. Y los muchos siempre caen en pandilla. ¿Sabes tú, indefensa criatura, cuántas de los muchos estarán partías con el Caballero y, al verte regresar vivita y cojeando, querrán verte allende la vida? Y ahora con el nuevo código de la familia, ¿hasta... cuántos? Ya hemos visto algunos acariciando libidinosamente

la estatua... Y estas palabras no significan, lo juramos, que una pizca de homofobia nos enfangue los zapatos. Sigamos investigando.

SIEMPRENIÑA: Entonces voy a botar este cabito, a ver si me hago rica... ¡Cómo pasa gente cubierta de oro!

CABALLERO: Sí, en África vendían como esclavos a los propios familiares por unos brillitos.

SIEMPRENIÑA: Y esos dientes de oro...

CABALLERO: Los cuerdos son muy serios, mientras no tienen un diente de oro. Si van con la cara de tranca: o no han podido hacerse las prótesis, los tienen cariadados o son pobretones con los suyos, los naturales. Porque nada más que se enganchan un brillito, qué gracia les da todo; por cualquier pesadez, la carcajada, al menos una sonrisita empuja labios hasta mostrar el «elegido», aun cuando no tengan más que un diente, pero enchapado. Ese rictus no es regresivo, se mantiene así, a músculos contraídos, al punto de padecer luego tremendos dolores en la cara. El cuerdo áureo ha inventado distintos tipos de muecas permanentes: el que habla como los yanquis, con la boca virada hacia un lado o el otro, en dependencia de dónde tenga el diente de oro; el que levanta el labio superior; al que se le cae el inferior; el que abre enormemente la boca y la deja así todo el tiempo, sin importarle tragarse las once mil moscas.

fósiles vivientes de la humanidad y sus cadáveres, luego de pasar procesos de conservación, serán expuestos en los museos...

NARRADOR: Se les acerca un guitarrista. Hablo así para que no me arrebaten el micrófono diciéndome que no hablo en género.

CABALLERO: ...con un cartelito: «Vladimir, el último eslavo», «Manolo, el último gallego...».

SIEMPRENIÑA: «José, el último loco».

CABALLERO: ... hasta que una guerra destruya todas las piezas de la sala de la historia de la humanidad.

SIEMPRENIÑA: ¡Qué optimista eres! Me deprimas. ¿Cómo se te ocurre acabar con las razas y dejar vivas las guerras? Mejor no hables más disparates, que yo nunca he visto una estatua adivina ni un argentino sin termo.

NARRADOR: El inmortal aparenta no oír. Para él es fácil, quedarse simplemente como una estatua. También hace el del oído gordo cuando el músico se le acerca como todas las tardes: «Tengo un amplio repertorio de canciones de Benny Moré, Los Matamoros, Barbarito Diez, María Teresa Vera... ¿Cuál quieres que te chifle?».

CABALLERO: ¿Y el escritor frustrado? Siempre venía a contarme un argumento nuevo, para una obra futura... «Lo importante es sobrevivir, me dijo la última vez. El gato le guapea al ratón y corre delante del perro, que a su vez huye del camión. Los valientes, valientes de

que no te veía». «Sí, desde la última vez que nos vimos hace... déjame ver... como dos años». «Mirándolo bien, creo que hace más tiempo. ¿Y tu hija?». «Si tú la vieras, está linda como una mendiga. ¿No has ido a ver la exposición de ella que está en el Museo de Bellas Artes? Tiene unas fotos muy buenas. Se inauguró anoche». «Anoche yo estaba mirando en el televisor la noticia del tsunami en el Asia, ¿viste qué destrucción?».

NARRADOR: Y ya no pueden oír más porque los ciegos veedores se confunden con los caminantes.

CABALLERO: (GRITA) ¡Viva el mestizaje! ¡Aleluya!... Esos médicos locos... Creían que yo padecía de delirio de grandeza crónico. Es falso... (CONFIDENCIAL) Es que llevo los genes de Alonso Quijano. (COMO HABLANDO CON ALGÚN SER INVISIBLE) ¡De ningún Pito Pérez, que yo no tomaba alcohol!

SIEMPRENIÑA: ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco, reloquillo mío? ¿A qué viene eso?

CABALLERO: Realmente yo era un seudoloco... Dejé de serlo cuando cayó Batista... La gente se está mezclando.

SIEMPRENIÑA: ¿Y ahora te subes en la mata? Eso ha ocurrido siempre desde hace miles y millones de... de algo.

CABALLERO: Algún día todos serán mestizos y los últimos de las que hoy erróneamente llamamos razas, serán conservados como los

SIEMPRENIÑA: La mejor medicina para la piel es saliva batida con la mantequilla de las orejas, pero no se te olvide esto: de boca mardugadora sin lavar.

CABALLERO: ¿Sabes leer los pensamientos?

NARRADOR: A ella de cuando en cuando le parpadea el labio...

SIEMPRENIÑA: Hace mucho tiempo que no sé leer.

CABALLERO: ¿Ves esos dos que vienen sin hablar de la Lonja hacia acá? Caminan rápido.

NARRADOR: ... de vez en vez se le arquea un ojo.

CABALLERO: Uno le envía telepáticamente al otro: «No te preocupes. Todo se resolverá. Para algo somos amigos, ¿no?» Y el otro le responde: «Lo sé. Confío en ti plenamente. Los amigos no son solo para reírse, sino para querernos y comprendernos».

NARRADOR: Los dos individuos pasan de largo junto a ellos, doblan la esquina, y no han caminado tres metros cuando se enredan a las trompadas. Ni la Siempreniña ni el Caballero, tan ensimismados en su charla, se percatan del correcurso que se arma a su alrededor.

CABALLERO: Es a lo que le llamo el *diálogo silente*. A ver, por allá viene una mujer y un hombre. No se conocen. ¿Qué dicen sus miradas?

SIEMPRENIÑA: Ella: «Me gustas muchísimo». Él: «Me vuelvo loco por morderte en...».

CABALLERO: ¡Nada! Se ve que no entiendes nada... Ella le dice: «¡Ni te atrevas!», y él: «¡Perdone, hermosa criatura!».

NARRADOR: La pareja se aproxima a ellos y se detiene junto a la puerta del convento de San Francisco.

CABALLERO: ¿Lo ves? Tengo que enseñarte mucho.

SIEMPRENIÑA: Esos dos se besan en la boca: es morboso.

CABALLERO: Yo veo que solo se besan en la boca.

SIEMPRENIÑA: Es sexual.

CABALLERO: Los perros no se besan, se pasan la lengua, se huelen...

NARRADOR: Galileo Galilei se detiene junto a la estatua, extrae un juego de lentes y la escudriña con detenimiento por un rato...

SIEMPRENIÑA: Eso sí es malo.

CABALLERO: No, pasarse la lengua y olerse... son manifestaciones de la caricia.

SIEMPRENIÑA: Es morboso.

CABALLERO: La caricia es demostración de amor.

SIEMPRENIÑA: El amor es sexual.

CABALLERO: Mentira. Los perros que copulan no se aman. El amor sexual es lindo.

SIEMPRENIÑA: Esos dos se toquetean.

CABALLERO: Es mendiguezco. Si todos acariciarán y se dejarán acariciar seríamos mejores.

SIEMPRENIÑA: Esos dos se encueran, como dos tamales despajándose.

CABALLERO: Ah, sí, igual que esas paredes, los árboles en otoño, el macao cuando le dan candela...

SIEMPRENIÑA: Es inmoral: les cuelgan cachivaches viciosos.

CABALLERO: Y manos, narices...

Galiano hasta el Malecón. Me acosté en el muro para que las estrellas reflejaran mis ojos. A lo mejor Isabel alcanzaba a descubrirlos desde allá.

SIEMPRENIÑA: ¿Cuándo me vas a invitar a sentarnos en el Malecón?

CABALLERO: Podía verme clarito en la luna del cielo, hice algunas muecas para comprobar que efectivamente era yo y no el sombrero de un pescador de carrete que pasaba de vez en vez, susurrando *fui-fui*, su anzuelo unas pulgadas por encima de mi cara. Allá arriba pude descubrir el carro de Pancho González, el Pastor de Alemán y esa otra constelación llamada la Gioconda.

NARRADOR: Da Vinci y Rafael pasan conversando animadamente con Villa Soberón.

SIEMPRENIÑA: Ese fue el que pintó la monga de La Lisa.

CABALLERO: Cerré los ojos. España estaba igualita e Isabel más peleona que nunca: «¿Ahora es que vienes? Te puedes ir en el mismo cometa que te traje». «Que no me vine en cometa, tía. He echado tremendo pie por la Vía Láctea». Me hizo un drama. Cogí el monte y nunca más regresé. ¡Muerta la rabia, se salvaron las pulgas!

NARRADOR: Llegan dos ciegos. Uno tropieza con el Don y el otro con la Siempreniña.

CIEGOS: «Siguen las barreras arquitectónicas». «Yo no he visto cosa igual». «Tú... ¡eres Gabriel!» «Y tú... ¡Pito!». «Hacía tiempo

constructores vendieron parte de los materiales y nos caemos los dos.

CABALLERO: Nadie contó las vueltas que le di al parque del Cristo, pero bastaban para varios records Güines.

SIEMPRENIÑA: Sobre todas las cosas del mundo... no hay nada primero que tú.

NARRADOR: Y se puso a bailar, como Rita Pavona, «La loca yeyé».

CABALLERO: ¿Por qué me atormentas horas y horas todos los días? No te soporto... ¡Soy inocente! Quiero silencio... ¡Yaaa!...

NARRADOR: Hubiera querido volar hasta la hojarasca temblorosa, donde La Habana quiere irse en busca del campo...

CABALLERO: Nunca te lo diré... pero no sé cómo llenar el breve espacio en que no estás.

SIEMPRENIÑA: ¡Ah!, ¿quieres que me vaya?

CABALLERO: Te perdono el montón de palabras que has soplado en mi oído desde que me empotraron aquí.

SIEMPRENIÑA: Sí, quieres que me vaya... ¡Pues no!

CABALLERO: Cualquiera piensa que fui libre hasta el 7 de diciembre de 1977. Me convertí en el andante de Mazorra. No me da ninguna vergüenza decirlo.

NARRADOR: Para acabar con España había que expulsar a la Compañía de Jesús... Los locos me miran como diciendo: ¡qué tipo más loco! No saben lo contagioso que es esto.

CABALLERO: Una noche regresé... Bajé por

SIEMPRENIÑA: Esos dos están sexando... como los perros...

CABALLERO: Aparentemente. Se miran a los ojos, se besan, sus pupilas se ensanchan; es el amor, el poder de la caricia, no hacen más que espantar demonios. (PAUSA) Demuestra a todos amor, no te guardes los halagos, porque no hay vuelta atrás, la boca de la tumba siempre está hambrienta. La caricia es la única verdad. La gente debe estar segura de tu cariño, que no eres comprable ni vendible. El futuro es de los que se acarician, como esa madre a su niño, como los gorriones y las palomas...

SIEMPRENIÑA: Esos dos terminaron. Se ríen descaradamente.

NARRADOR: ... «¡Qué equivocado yo estaba! ¡En verdad no se mueve!», concluyó y se fue... Hace rato que vengo diciéndolo.

CABALLERO: No. Ríen de felicidad y no dejan de acariciarse. ¿Comprendes? No son como los perros.

SIEMPRENIÑA: ¿Y es malo ser como los perros?

CABALLERO: No. Solo que no conocerías el amor hacia tu pareja y no pararías de rascarte con la lengua afuera.

SIEMPRENIÑA: Pero los perros aman a sus hijos y a sus dueños.

CABALLERO: ¿Ves la soberanía del amor?... ¿Y esa otra parejita?

SIEMPRENIÑA: Él es zonzo... Sigue siendo un bebé pero sin Pomposo.

CABALLERO: Ella con la boca dice: «vete»...

SIEMPRENIÑA: ...y los ojos gritan: «quédate»...

Pero él mira para una escupida de tabaco en el piso, como buscando el balde y la paleta.

CABALLERO: No sabe leer los pensamientos... con las manos ella dice que no...

SIEMPRENIÑA: ...y la oreja: «chúpame el lóbulo y trágate el arete». Pero el muy tonto se va y ella quisiera romper los adoquines con su zapatico de rosa.

NARRADOR: Si como todo parece indicar, la Siempreniña debió de encontrarse en el puerto de Barcelona una adivina que le metería unos miedos del cará por los malos augurios que rodeaban al *Valbanera*, ¿qué la impulsó a abordarlo como polizona? En el viaje anterior el tiempo fue espantoso; la gripe contagió a pasajeros y tripulantes, induciendo muertos que eran arrojados al mar como medida higiénica, pero que, según videntas y pitonisos, simbolizaba echarle más sal al Atlántico. ¿Por qué no les hizo caso a las señales? ¿Sería el perfil medieval, la mirada como cancela o la portañola del amado, que le halaban el blúmer?

CABALLERO: ¿Y qué piensa ese individuo esquelético que trae ese rollo en la mano? ¿Qué le dice a la señora gorda que tiene al lado?

SIEMPRENIÑA: (DUDANDO) «¿Vamos a hacer el amor...?».

CABALLERO: «¿Dónde ponemos el cartel?».

NARRADOR: La pareja se acerca a una pared...,

CABALLERO: Sería interminable. Debes cortar la cadena con la bondad.

SIEMPRENIÑA: Te voy a hacer caso, no me gustan las cadenas.

CABALLERO: Hay que defender mucho la libertad, sobre todo si se vive rodeado de líquido... No saben que mi escultor es como mi padre... casualmente, se llama José igual que yo.

SIEMPRENIÑA: Yo creo que tú y yo nacimos de una yagua.

CABALLERO: ¿Quién dijo? Yo nunca hablaré mal de una mujer, aunque por despecho eche pestes de mí. Nada es perfecto y, en realidad, lo que no tiene algún defecto no sirve, es artificial. Allá en Europa quise a muchas personas. Pero Isabel II me acosaba: que si tienes que casarte, que si no hay dinero, que si eres muy despreocupado, que si no quieres a nadie... Cada vez que me le arrimaba, un reproche. No me entendía: necesito estar tranquilo, tener en paz mi espíritu... y te quito de encima si me perturbas... ¿Qué hice? ¡Barco que tú sabes!, me escapé.

SIEMPRENIÑA: ¿Y por qué no te escapabas de mí? (RODEA CON LOS BRAZOS EL CUELLO DEL CABALLERO, DA UN SALTICO Y LO ATRAPA CON LAS PIERNAS POR ENCIMA DE LA CINTURA. LE HABLA CON LA BOCA MUY PEGADA AL ROSTRO).

CABALLERO: Bájate, que me vas a tumbar.

SIEMPRENIÑA: Te voy a dejar, pero no porque tú me lo pidas. (SE BAJA) A lo mejor los

SIEMPRENIÑA: Tú piensas mucho... pero yo no veo las viandas por ninguna parte.

CABALLERO: Haz lo que yo digo y no lo que yo hago. ¡Muévete!

SIEMPRENIÑA: Pides que yo me mueva y tú vives como una estatua.

CABALLERO: Debes querer vivir como te digo y no como ves que yo vivo.

SIEMPRENIÑA: A mí me gusta que el gato me acaricie.

CABALLERO: Préstamelo, anda.

SIEMPRENIÑA: Tú lo espantas con esa manía de mandón.

CABALLERO: ¿Qué no?... ¡Qué sí!.. Yo sí tengo casa...

SIEMPRENIÑA: ¿Dónde?

CABALLERO: ... en un rincón del Malecón...

Otros vienen por aquí a decir atrocidades de mi escultor. Creen que no los oigo.

SIEMPRENIÑA: Sí, no ven que el Mago Dios me dio estas orejas grandes para hacerme la sorda.

CABALLERO: ¿Tú crees en la otra vida?

SIEMPRENIÑA: Este gato me arañó un zapato.

CABALLERO: Sí. Advierto que te hizo un hueco.

Si no creyeras en la otra vida no estarías hablando conmigo.

SIEMPRENIÑA: Voy a matarlo.

CABALLERO: La verdad siempre ha estado en el centro de la tolerancia. Si tú lo matas no le das tiempo a reflexionar en el mal que hizo y, si hay otra vida, te vuelve a arañar.

SIEMPRENIÑA: ¡Y lo vuelvo a matar!

a una puerta..., hasta que terminan colgando el cartel en la espalda del Don.

CABALLERO: ¿Y este collar?

SIEMPRENIÑA: Espérate. Déjame leerte lo que dice: SE PERMUTA UNA CASA EN EL VEDADO, EN LA MISMA MANZANA DEL HOTEL HABANA LIBRE, CON OCHO CUARTOS, DOCE BAÑOS, TRES HECTÁREAS DE PATIO, EXCELENTES PARA ÁRBOLES FRUTALES, CRIANZA DE ANIMALES Y CULTIVOS MENORES O MAYORES, SEGÚN SE DESEE, UN SALÓN DE ESTAR, BUENO PARA ALQUILAR PARA BODAS Y QUINCENES, CON BELLÍSIMA VISTA A LA COLA DE COPPELIA Y A LA PARADA DEL CAMELLO, UNA COCINA A TODO METER, TERRAZA CORRIDA, AMPLIO PORTAL, AGUA, ELECTRICIDAD Y GAS DE LA CALLE TODO EL DÍA...POR CUALQUIER COSA CON GÜENOS BEBIDOS Y QUE NO ESTÉ EMBRUJÁ.

CABALLERO: Está bien. No importa que me sienta como un hombre-sándwich: me puedo permitir prestarles ese pequeño servicio. Recuerda: hemos venido para servir, como los burócratas.

NARRADOR: En eso llegan los desolladores con sus conchas, sus lupas y sus ojos de hendijas: «Bien, ¿y ahora a quién despellejamos?». «No veo a nadie por aquí». «A este mismo, que no puede defenderse». «Es el Caballero de París». «Fue un asesino». «Sí, dicen que vino huyendo de España...». «Se volvió loco porque lo acosaban sus hechos de sangre». «Seguro que es el ladrón del Capitolio». «¿Tú

crees que robara el diamante?». «Más bien era tremendo vago... Por eso se hizo pasar por loco». «Y con ese historial le han hecho una estatua y todo». «¡Aquí hay que ser malo, caballeros, transparente como un criminal, para que lo recuerden a uno!». (AL DON, A CORO) Y tú, ¿no dices nada?

CABALLERO: Digo que no soy un hombre puro.

NARRADOR: «¡Fuera!», grita la Siempreniña, gesticulando, con la amenaza de tirarles una de las pesadas campanas. Ellos, como no hay nadie más a quien desollar, se van. (PAUSA. TRANSICIÓN) De acuerdo con esta versión, era de sospechar que la Siempreniña dejara París y se dirigiera a Barcelona, en España. Una vez allí le envió un telegrama al aún no Caballero de que se embarcaría en el *Valbanera*, pero por más que estiraba el peculio, no llegaba al chicle de setenta y cinco pesetas, que era el precio del pasaje para poder incomodarse en los entrepuentes de las bodegas. Ahí adaptaba las saudades el populacho, en hileras de camas de varios pisos, cantando jondo, comiendo morcillas... Por lo que se escurrió en el rincón más incómodo y ardiente adonde no irían ni las cucarachas. Llevaba agua, pan y chorizo para una menstruación. Se le había quitado el día anterior. Eso pensó, pero no le llegaron los tentempiés ni a los siete días: tuvo que jugarcelo para robar comida y preciados líquidos. Los

o sí nos escucha, a su manera. Un día me preguntó qué hacer para romper esquemas, le respondí y desde entonces era yo quien le metía las buenas ideas en la cabeza.

SIEMPRENIÑA: Mira a ver si se te ocurre alguna buena idea para que este gato deje de restregarse con mis tobillos.

CABALLERO: Tengo otra mejor: vamos a cerrar la calle con dos muros y nos quitamos el pasapasa de gente y a ese fantasma maullador.

SIEMPRENIÑA: ¡Eres un genio! ¿Y cuándo empezamos?

CABALLERO: Ahora mismo. Ya puedes comenzar a traer tarecos para acá. Vete apilándolos ahí, en la esquina, delante de mí.

SIEMPRENIÑA: Y, mientras yo hago esto...

CABALLERO: ¿Cómo? ¿Ya terminaste?

SIEMPRENIÑA: ... ¿qué vas a hacer tú?

CABALLERO: Ya sabía yo que esta mesa cojeaba... Palo que nace pa' cuchillo, acaba en la casa del herrero. ¡Pensar! ¡Nadie calcula lo que cansa eso!

SIEMPRENIÑA: Cuando tú vayas o mandes a un pariente tuyo, entonces yo lo haré, ¡sargento tarántula!

CABALLERO: Recuerda que lo que pienso es en mi provecho, en el tuyo, en de las gentes que ya están cansadas de pasar por aquí y hasta en el del gato invisible. No me digas que vas a defraudar a tantos... y no degrades a las arañas, por favor.

CABALLERO: Yo quiero aprovechar el acompañamiento musical del Bicho, ese que nunca muere, porque respira parejo pa' que el aire huelga a buena persona, y le canto: *Me dicen el Caballero...* Chichí me interrumpe y suelta una décima completa que yo sé que no es de él: *Allá no sé por qué punto, / yo no sé por qué paraje, / vistiendo no sé qué traje / yo vi dos señores juntos. / Trataban no sé qué asunto, / de lo que hablaban no sé, / veinte no sé de qué «me», / celebran no sé qué santo / y daban yo no sé cuánto / por saber yo no sé qué.*

SIEMPRENIÑA: ¡Qué manera de cometer errores de versificación! ¡Tú sabes lo que es rimar *allá* con *vistiendo*! ¡Eso no pega, chico!

CABALLERO: Vuelvo: *Me dicen el Caba...* Él arranca con otra y así hasta que termino no oyendo. ¿Sabes qué?

SIEMPRENIÑA: ¡No me digas que estás sintiendo el gato de nuevo!

CABALLERO: Por ahí vienen Don Eusebio y su perro fiel. Él también quiere a La Habana. Es el otro «Don». Nunca hemos discutido cuál de los dos es más don. Podemos compartir, que hay Habana para todos. Lo he visto raspando las paredes, frotando con el pañuelo los picaportes antiguos. A veces se para frente a mí y me confiesa cosas, porque él también habla, no solo con las estatuas, con las columnas, los arcos, los dinteles... cree que no lo escuchamos cuando él es el que no nos escucha,

olores eran intolerantes, le faltaba el céfiro por la poca ventilación, el calor se le atragantaba.

En verdad, solo el amor engendra la maravilla.

CABALLERO: Dar amor siempre me entrega luz. Decían de mí: «Está loco, miren cómo mira para arriba».

NARRADOR: Ella tiene un tic..., que contiene ante la presencia de un fulano.

SIEMPRENIÑA: Sombrero, ¡qué traslúcido te queda ese señor!

CABALLERO: No sabían que los comunes miran al suelo y los genios, al cielo. Yo aprovechaba los apagones para recordar estrellas que me robaron siempre las luces de la ciudad y que solía disfrutar allá, en las noches de los campos de España o en la popa del barco. No sabían que yo me conocía todos los satélites artificiales y a qué hora pasaban como piojillos por la piel negra del cielo.

SIEMPRENIÑA: Del que mira para arriba dicen: «... es un estudioso de las constelaciones, conocedor del secreto de las estrellas y de los cambios climáticos, por la aureola de la luna...». ¡Mentira! Es que les tiene miedo a los rayos, a los meteoritos y a las macetas que se caen de los balcones.

CABALLERO: Ráscame la espalda, por favor... Por ahí no, por debajo de la ropa.

SIEMPRENIÑA: No puedo levantar la capa para meter la mano. Cuando más por debajo del cartel.

CABALLERO: Ráscame como puedas... Más a la derecha... No tanto... Un poco para arriba... Hacia la izquierda ahora... Para abajo... ¡Que a uno nunca le rascan donde le pica! Si pudiera me rascaba contra la pared del convento... Ahí, ahí... Sigue, sigue... Ve corriendo la mano un poquito hacia ti... ¡Qué rico! ¿Por qué será que las picazones se corren cuando lo rascan a uno? Un poquito más hacia ti. Así. ¡Ah! Ya. Ya se me quitó.

SIEMPRENIÑA: ¡Claro!, como que se corrió tanto hacia mí que ahora soy yo la que tiene picazón. Ráscame la espalda... Pero así van pasando las semanas...

CABALLERO: Sabes que no puedo moverme.

NARRADOR: Yo lo digo y no me hacen caso.

SIEMPRENIÑA: Entonces me voy a rascar contra ti. (SE RASCA). Pasando sin lograr lo que yo quiero...

CABALLERO: Así es como se quitan las picazones los caballos y los puercos: contra los postes y los árboles.

SIEMPRENIÑA: ¡Bueno ya!... que ni rascar sabes.

NARRADOR: Yo lo vengo dicién...

CABALLERO: (INTERRUMPE) Andan como locos. Yo los veo venir. Me quedo quietecito, como un ostro, hablando en género. ¡Allá va eso!, chocan conmigo. «Perdón», les digo y ripostan: «¿Quién habrá atravesado ahí ese trasto?» o «No sé por qué no quitan ese tareco

CABALLERO: ... Un viejo: que ni se rasura ni se maquilla, que será siempre como quiso la naturaleza, que la moda es lo que le queda cómodo. Bueno, ¿y a mí qué me importa?, ¿le voy a decir? (PAUSITA) ¡Oye! ¿Qué hace ese esqueleto ahí?

SIEMPRENIÑA: Lo tengo roto, ¿ves? ¡Pero mira qué monumento!

NARRADOR: La calle estaba repleta de nacionales y de aborígenes de todo el astro.

CABALLERO: Mira, vístete, que te van a ver los perros y se va a formar tremenda fajazón.

NARRADOR: La Siempreniña obedece con toda su calma. Por suerte nadie repara en ella.

ALGUIEN: «Mañana se acaba el mundo».

CABALLERO: Gracias. ¿Crees que se puede hablar con Chichí, el poeta?

SIEMPRENIÑA: Que además de poeta, es mentiroso.

CABALLERO: Se queda por aquí, esperando a que nadie lo vea y me canta, con la tonada espirituana, cualquier décima: *Me levanté muy temprano...*

SIEMPRENIÑA: ¡Mentira! Si duerme día y noche.

CABALLERO: ... *y cuando ya era de día / me encontré la poesía / en la palma de mi mano...*

SIEMPRENIÑA: ¡Mentiroso!

CABALLERO: ... *Con un sombrero de guano / en mi cabeza salí / y después que estaba allí, / junto al lindero del monte, / oí cantar un sinsonte / que me decía: Chichí.*

SIEMPRENIÑA: ¿Ves que era mentira?

SIEMPRENIÑA: (JUGUETONA, EMPUJÁNDOLO CON EL CODO) Será porque... eres un loco.

CABALLERO: Eso sí, a mucha honra... Viene uno, cayéndose, y me abraza: «Oye..., viejito, me... nos mal que tú me co... giste, que si no... hu... biera ju... gado un suelo de al... tura».

SIEMPRENIÑA: Ese muchacho me gritó el otro día: “¡Cose el *blúme*!”.

NARRADOR: ¿Qué muchacho?

SIEMPRENIÑA: Lo importante no es el blúmer... ¡Maleducado! (SE DELINEA CON LAS MANOS) No sé cómo ese don Pomposo no se fijó en este cuerpo sano, vigoroso, atractivo...

NARRADOR: Saca el compacto y una brochita.

SIEMPRENIÑA: Ayúdame para ayudarte, parabolanito. Ablanda esa arruga.

CABALLERO: Viene otro a contarme el último grito de la moda...

SIEMPRENIÑA: (AL CABALLERO) ¿Qué dices? ¿Qué no tengo el cuerpo bonito?

CABALLERO: ... No comprende que yo estoy por encima de las modas. No me importa nada de eso... Me quedo callado... soy como un niño dormido...

SIEMPRENIÑA: Espérate. Déjame quitarme la ropa (SE DESVISTE).

NARRADOR: En sus prendas íntimas puede leerse a duras penas: “A las hermanas caídas”; “A Cuco de Pepa”.

del medio». Y siguen así, tumbando todo lo que encuentran por delante.

SIEMPRENIÑA: A mí los que me gustan son los que caminan despacito...

CABALLERO: ¿Despacito? ¡Ah, esos son los turistas!, porque los otros viven estresados, todo les cae mal, traslúcido. ¿Tú no ves que yo no me muevo, tratando de volverme invisible?

PARABOLANO: Molière me ordenó caminar por aquí.

SIEMPRENIÑA: ... Como aquella parejita... ¿ves? Él apoyado en el hombro de ella... ¿ves? Ella le besa la mano y le regala el clavel que llevaba en el ojal... ¿ves?... Él deja caer el pañuelo de encaje y ella lo recoge y se lo devuelve con una gentil inclinación.

CABALLERO: El otro loco es el barrendero: se enreda con las campanas.

SIEMPRENIÑA: Yo no sé para qué...

CABALLERO: ¿El qué?

SIEMPRENIÑA: ... para qué son esos plazos traicioneros.

CABALLERO: Después se me acerca, arrollando: «¡Abre que voy! ¡Cuida'o con los callos! (BIS)». Me barre los pies. «Disculpe, señor», le digo. Me los empuja con el escobillón: «Nunca te quitas del medio», regaña. «Ves que uno viene trabajando y te quedas parado como una estaca»... Una noche se me acercó en puntillas. No traía los instrumentos de limpieza, ni el carrito... sino una latica de refresco con olor a fogón pique. (AL PARABOLANO) ¡Qué loco! (PARTIDO DE LA RISA)

Que Molière, muerto hace un millón de años, te da órdenes... (CARCAJADAS).

NARRADOR: Se suponía la siguiente escena: escondida donde estaba, mareada, vomitando por el fuerte zarandeo de las olas —ya que se ocultaba no solo de los tripulantes, también de los pasajeros, en total 1230 personas— no supo que, llegando casi a La Habana, el vapor comenzó a alejarse hacia la Florida. Cuando vino a darse cuenta, no había nadie, el agua empezó a subirle piernas arriba, una posición bastante extraña, porque metida entre unos trastos, había iniciado un ejercicio yoga con los pies en alto para conjurar el vértigo. El mundo se le había virado al revés, como pensaba ella que les hacía a los parásitos intestinales cada vez que practicaba esa asana. ¡No! Echó mano a unas tablas que pasaban flotando, unas sogas... y armó una embarcación improvisada, con la que, a duras penas, se arrojó al mar tempestuoso, convertida en la primera balsera de los tiempos modernos.

CABALLERO: Que tus juicios de hoy, Parabolano, no te escupan la cara mañana... El Mago Dios no le dice a ese niño...

SIEMPRENIÑA: Ay, sí. ¡Qué lindo! ¡Es un es verdadero mendiguito!

CABALLERO: ... que viene por ahí que me empuje, que me quite, que me tire a un basurero y que se pare en mi lugar... El Mago Dios

y lo tira en una cubeta... y si ellas no se enteran, tú tampoco. De la misma manera que te tomas una medicina para matar los microbios que te hacen daño, así el Universo puede hacer con nosotros. No te extrañe que siempre venga una enfermedad tras otra; está tratando de acabarnos porque hacemos que se sienta mal, lo calentamos, le damos fiebre, lo dañamos con explosiones cada vez más potentes. Somos culpables de todo eso. En cambio, lo mismo que nosotros protegemos a las bacterias que nos ayudan, así nos protegerá el Universo si nos quiere... ¡Claro! No pretendas adaptar el escenario a tu pensamiento, Parabolano. Tu ideología debe surgir del contexto y si no logras resultados, cambia las ideas, están erradas, porque la realidad tiene leyes; las ideas, caprichos.

SIEMPRENIÑA: No hay quien soporte esos solos de locura tuyos.

NARRADOR: En una guagua la muchacha se vira y le protesta al viejo que tiene detrás: «¡Ay, señor, que me eriza!». «¿Y qué tú quieres, mami, que no respire?».

CABALLERO: Porque la palabra no es tolerancia, sino convivencia. Ser tolerante es aguantar las pesadeces de los demás, no significa ser tolerado. Ser conviviente, sí.

SIEMPRENIÑA: Yo no sé por qué hablo contigo.

CABALLERO: Eso mismo me pregunto yo, que no tengo tema de conversación con nadie.

que es una de las primeras cosas que determina un creador: la autoconservación y la conservación de los demás, pero no es esa nuestra misión fundamental. Creo que he entendido... «¡Ilumíname! —le dije—, necesito saber cuál es mi misión». Y me doy cuenta de que la misión que tenemos todos nosotros es salvar el Universo.

SIEMPRENIÑA: Por supuesto. Cualquier día llega un indiscreto: ¡Majestad, se le olvidó la ropa!

NARRADOR: Para vivir en el primer mundo, debes comportarte como si lo fueras, aunque subsistas en el último. ¡Y no tengo papel y lápiz para tomar nota de estas ideas!

CABALLERO: Si seguimos haciéndole daño a este lugar donde vivimos, nos va a pasar como al cáncer, vamos a ser extirpados. Te preguntarás, pero... ¿cómo? Quizá con rayos extraños que no se sabe de dónde viene su energía, no sé... Simplemente, no preguntes cómo, cuándo ni de qué manera te pueden extirpar, piensa en que te pueden extirpar...

SIEMPRENIÑA: Tanto el tráfico inhumano como los coyotes son milenarios, por eso estamos aquí...

CABALLERO: Conclusión: hay que ser buenos y, después, ser mejores... hasta el infinito.

NARRADOR: La ideología es etérea. La ciencia es la realidad.

CABALLERO: Las células cancerosas no se enteran de la mano del cirujano que corta el tumor

le dice a ese niño: pídele que te cargue, que te abraze, que te bese... y cuando te complazca, tú le abres una sombrilla por los mediodías... y lo abanicas... y le secas el sudor... y le besas las mejillas... Eso le diría el Mago Dios del Caballero de París a ese niño.

PARABOLANO: (AL NIÑO) No olvides el pasado.

CABALLERO: El pasado no existe si no se le recuerda, ¿a qué viene empeñarse en recordar las violencias y sufrimientos para empotrarlos en un disco duro en blanco aún? ¿Con qué objetivo, Parabolano? Tu clase de historia perpetúa desencuentros, enseña a no olvidar odios.

NARRADOR: En este sitio de la ciudad hasta las piedras hablan.

CABALLERO: Si las piedras hablan es porque tenemos argumentos y no las mandamos a callar. (PAUSITA). El Mago Dios le diría a esa niña...

SIEMPRENIÑA: ¡Si parece la mendiga de un palacio en peligro de derrumbe! ¡Bellísima!, ¡una auténtica pordioserita de arriba abajo!

CABALLERO: ... tu misión es alimentar tu cuerpo y cuidarlo... multiplicarte, mantenerte viva, ayudar a los demás a coexistir. Aprende todo lo que puedas, trabaja, enseña..., esas son las tareas. Prefiere los rescatistas a los soldados, ten batallones de primeros auxilios con todos los locomóviles que puedas. Convierte tu isla en un sanatorio, un orfanato, asilo final del mundo.

SIEMPRENIÑA: Eso, la solución final.

CABALLERO: La verdadera. Mira ese que viene por ahí disfrazado de mendigo...

SIEMPRENIÑA: ¡Ya quisiera él, príncipe asqueroso!

CABALLERO: ... es un millonario, el dueño del mundo, lo tiene todo. Ha venido a disfrutar nuestra pobreza... Piensa que con su dinero puede pagar... Iluso, la eternidad no existe para nosotros, para ti tampoco por mucho dinero que tengas... Te voy a explicar por qué la eternidad no existe. Si no mueres por biología, por accidente; que te ocurra a ti, al planeta o al Universo... De alguna manera vas a desaparecer. La única eternidad es que hayas hecho el bien con ese dinero, pero no desde tu punto de vista, sino el del Mago Dios. De lo contrario, no vas a ser eterno nunca. Y vas a estar así, así, viniendo eternamente a pasar trabajos.

NARRADOR: No se sabe si son las palomas que volaban en cámara lenta o los rayos del sol que le provocan una cefalea lumínica porque, como tocado por un tsunami de emociones, recuerda el Don a un amigo, medio poeta, loco completo... y más que al bardo, estos versos:

CABALLERO: ¿Dónde estaba yo cuando la venida de Cristo, / dónde cuando Aníbal cruzó los Pirineos / o cuando el planeta se tragaba la Atlántida? // Yo estaba muerto. / Bien muerto. / Tan muerto que no recuerdo nada. / La muerte es la eternidad. / La eternidad, la suma del tiempo / antes de la

CABALLERO: (PAUSADO Y CONCLUYENTE) Nunca se cambió la cabeza...

NARRADOR: (CON GESTOS AFIRMATIVOS, COMO QUIEN DICE: ERA SABIDO) ...y se ahogó en la cloaca.

CABALLERO: ¿Quieres que te haga el cuento de la buena pipa?... ¡Ah, Miramar! ¡La Playa de Marianao! ¡El Coni Áislan!... Allí conocí aquellos chiquillos tan cordiales y corteses que iban desde Santa Fe a dar gritos de espanto en la montaña rusa.

SIEMPRENIÑA: Me gustaría comprarme una guagua, de esas bien grandes, para bajar a los turistas y llevar a todos los que no puedan alquilar un 55. Yo misma la iba a manejar.

CABALLERO: Decrétales, pero ten cuidado, que hay muchos niños sueltos en la vía.

SIEMPRENIÑA: ¿Y qué hacen que no meten presos a los dueños?

CABALLERO: Yo sí tengo casa...

SIEMPRENIÑA: ¿Dónde?

CABALLERO: Prado arriba, Prado abajo...

NARRADOR: El del yeso en el pie: NIÑA, SI COCINAS COMO CAMINAS, ME COMO HASTA LAS MULETAS.

CABALLERO: Siempre me he preguntado cuál es nuestra misión en esta vida, para qué estamos aquí, para qué vivo... y no es salvar mi cuerpo ni mi alma ni a mí mismo... facultades ya integradas cuando me crearon, se llama el principio de conservación, una ley,

manos?». «¿Adónde quieres que vaya a rendirte culto?». «¿Y si no tuvieras piernas?».

SIEMPRENIÑA: En la Luna, creo en la Luna; en Marte, en Marte; en Miércoles...

CABALLERO: «Cree en una protección válida para el fondo de una cueva y para cualquier rincón de ese infinito de tiempo y espacio que tienes encima. No te sientas nunca desprotegido».

SIEMPRENIÑA: ¿Quieres que te haga el cuento de la buena pipa?

CABALLERO: ¿Aquella embarazada?

SIEMPRENIÑA: Yo no te digo...

CABALLERO: ¿Aquel viejo fumador?

SIEMPRENIÑA: Yo no te digo...

CABALLERO: Si no me dices qué ves, yo no soy adivino... Vaya: ¡veo-veo!

SIEMPRENIÑA: ¿Qué ves?

NARRADOR: Quería ir al manantial, pero sus pasos se dirigían siempre a la cloaca... Se cortó los pies, se pegó los de un lince y salió a toda velocidad...

SIEMPRENIÑA: ... hacia la cloaca.

NARRADOR: Corrió la cloaca de lugar...

CABALLERO: Pero solo sabía ese camino...

NARRADOR: Se cambió el cuerpo dos o tres veces...

SIEMPRENIÑA: (ENFÁTICA) ¡Nada!...

CABALLERO: ¡Ni sombra del manantial!...

NARRADOR: ... y la pestilencia le dañaba todas las fosas...

SIEMPRENIÑA: No entendía...

coincidencia testículovárica / y después de la muerte. / El resto es la vida. / La vida es venir de la eternidad / y ser un poco dioses por unos latidos / aunque la eternidad nos duerma todas las noches. // Vivamos entonces la claridad divina, / que ya tropezaremos en cierto punto cósmico / y charlaremos en algún lenguaje / de la muerte / cuando regresemos para siempre / a la eternidad.

NARRADOR: Otros insinúan que Siempreniña es hija del Caballero y que viene a cuidarlo. Y esta hipótesis es preocupante, dado que no se sabe bien el número de herederos que pudieran estar interesados en llevarse la estatua, tal y como ocurrió con la mano de Allende. En ese caso, si la Siempreniña se interpusiera, sería agredida y quién sabe en qué magnitud. Es mejor que la gente no elucubre más y que nosotros sigamos investigando.

CABALLERO: ... Se empinó su latica-pique y me dijo: «Te voy a hacer un cuento».

SIEMPRENIÑA: ¡No! ¡No me gustan los cuentos...!

CABALLERO: «En la inmensa Mar Océana solo hay dos cayos, muy distantes entre ellos. El más desarrollado se llama Bobalico y el otro Ruinoso. En este último solo se permitía trabajar el primer día de la semana. El Mago hizo al mundo el primer día y los demás descansó, por tanto, el hombre hará lo mismo: como no puede hacer lo que está hecho, solo

trabajaré el primer día de la semana». No era lícito ni cargar la cama en la que uno dormía.
NARRADOR: Ella tiene además todos los tics de Al Capone.

CABALLERO: «A ese lugar llegaban a anidar unas aves migratorias gigantescas. Ponían sus enormes huevos y luego de unos días de asueto se los llevaban para que sus hijos nacieran con nacionalidad bobalicona. Como el pueblo pasaba hambre por culpa de los brujos, que no dejaban trabajar, los más desesperados convencieron a los culpables de que viajaran, a fin de convertir a los bobalicones a la religión verdadera. Los ataron a los huevos, y, cuando las aves partieron, se fueron colgando los brujos, y ya no tendrían manera de regresar». Se dio otro buche y se me quedó mirando. «Está bien, ¿y qué?», le iba a preguntar yo, a pesar de saber que no me escucharía. Me tocó por el brazo: «¿Cuál es la moraleja?». «Y yo qué sé». «Moraleja: todo el que pone trabas al que quiere trabajar, merece que lo cuelguen de las aves migratorias». Se rio muchísimo y se fue... No me oyó cuando le grité: «¡Muchas gracias por el cuento, amigo! ¿Y qué pasó con los huevos?».

SIEMPRENIÑA: Daría cualquier cosa por un huevo salcochado... o frito.

CABALLERO: Uno viene todos los días y me dice: «Mañana se acaba el mundo». «Me dan mucha alegría sus palabras», le contesto yo.

NARRADOR: También lo de ella es vanidad...

CABALLERO: ... lo importante no son los títulos, sino la sapiencia. Es lo único que te dará tema de conversación con Dios. Los títulos serán comidos por el tiempo.

NARRADOR: ... con las alas doradas.

CABALLERO: Me decían que me parecía a Espronceda... Muchos cuerdos creían que era yo el poeta resucitado cuando les declamaba «La canción del habanandante»: (A LO PASTOR FELIPE) «que es mi Dios la libertad»... Le dije al Mago Dios: «¿Eres madre o padre?». «Lo que tú ames», me contestó.

SIEMPRENIÑA: Yo a veces le digo papito, después mamita... y así... Cuando los olvido me pasan cosas malas. Cuando los recuerdo soy feliz, aunque sigan las cosas malas.

CABALLERO: Para mí es el Mago Dios. No hay irrespeto en las frases de amor. Seguí: «¿Qué conjuros digo?, ¿con qué palabras quieres que te nombre?, dime la oración que te debo pronunciar». «¿Y si fueras mudo?».

SIEMPRENIÑA: Por señas.

CABALLERO: «¿Debo creer que un río, una planta, un animal... me protege?». «Y si te encuentras solo en un cráter de la Luna, ¿qué protección tendrás?». «¿En una piedra entonces?». «¿Y si estás en una balsa sobre el océano?». «¿Hacia dónde miro: al Sol, la Luna, una imagen?». «¿Y si fueras ciego?». «¿Qué gestos quieres que haga?». «¿Y si no tuvieras

el camino del bien. Verás que todas las puertas se te abren hacia la prosperidad material, que cuanto desees caerá como del cielo. Habrás entonces olvidado que también las regalías pueden subir del infierno. Se te mostrará también, por tu propio instinto, con mucha facilidad el camino del mal. En dependencia de lo que tú escojas así será nuestro próximo encuentro; no olvides que tus pasos de cada día cimientan tus caminos futuros... y ya viste lo que le pasó a él, ¿verdad? Ahora, tú decides. Vete».

NARRADOR: Después de eso (PAUSITA) ¡ahora mismo se está acabando el mundo!

CABALLERO: ¿Qué es ser malo?... Reírse del que no sabe... Ser bueno es empatizar con el ignorante, enseñarlo, sin que le cause temores ni complejos.

NARRADOR: Un grupo de estatuas sobrevivientes del mundo mejor se sitúan alrededor de nosotros.

ESTATUA VIVIENTE 1: ¡Hola, colega! ¿Cómo estás?

CABALLERO: Aquí, ¡echando un pie!

ESTATUA VIVIENTE 1: ¿Quieres pertenecer a nuestro sindicato?

NARRADOR: Nunca el silencio había sido tan elocuente.

ESTATUA VIVIENTE 2: Déjalo. ¿No ves la cara de rompehuelgas que tiene?

ESTATUA VIVIENTE 3: Claro, este ni cobra ni ná. Vámonos, cofrades.

CABALLERO: No nos pueden faltar ni la risa ni la constancia... Todo es vanidad...

SIEMPRENIÑA: Lo que no se acaba es el hambre que tengo.

NARRADOR: Entra un periodista con una libretica y, en el bolsillo de la camisa, un puñado de lápices con bipuntas afiladas.

PERIODISTA: ¿Por qué te dicen el Caballero de París?

CABALLERO: Yo le debo mi nombre a mi Francesca.

NARRADOR: Todos nos quedamos bota'os.

PERIODISTA: Por favor, deme la primicia: ¿es verdad que usted estuvo preso en el Castillo del Príncipe?

CABALLERO: No del Príncipe... Yo era el Mendigo.

PERIODISTA: ¿Mató a alguien? ¿Quizá por celos?

SONIDO: SILENCIO ABSOLUTO.

NARRADOR: Pasa lentamente una legión de ángeles.

PERIODISTA: ¿Robó usted?

SONIDO: SILENCIO ABSOLUTO.

NARRADOR: Los ángeles en sentido contrario.

PERIODISTA: ¿Le quitó el periódico a otro mendigo?... (PAUSITA) ¿Cuánto tiempo estuvo preso?

CABALLERO: ¿Dónde se habrán metido mis guardaespaldas?

SIEMPRENIÑA: Aquí estamos.

NARRADOR: Con unos pases misteriosos, los guardaespaldas desaparecen al periodista.

CABALLERO: «Hoy cumpla 81 años», me dice un niño. Yo siempre le respondo: «Mejor viras los números al revés y vas cumpliendo de diez en diez: tienes 81, si lo viras: 18; al año siguiente 28, 38, 48... hasta el 88 que te puedes pasar todo el año virándolo y siempre va

a dar lo mismo. El 98 es bueno para empezar a sumarle y presumas de más edad, creyendo aparentar menos, como todos los viejos».

SIEMPRENIÑA: A mí no me sirve esa fórmula matemática: yo nunca cumplo años.

NARRADOR: ¿Ven?... Es grande el tufillo sulfúrico en torno a esta mujer.

CABALLERO: Otro se propuso mantenerse callado mientras no tuviera una idea nueva, algún pensamiento genial...

SIEMPRENIÑA: Yo cumplo años todos los días, pero siempre cumplo 12.

CABALLERO: ...Ese es el único que me gusta que venga: se queda ahí como una de esas campanas... ni habla ni piensa.

NARRADOR: Un individuo con sombrero roto se les acerca. «Mañana se acaba el mundo», dice y se aleja como si tal cosa.

CABALLERO: Muy agradecido, amigo.

NARRADOR: Se les incorpora brevemente el holgazán famoso, con espejuelos a lo Tejedor y se inspira junto al Caballero.

HOLGAZÁN: Vagueando voy por el mundo sin aliento, si no trabajo no hay tormento..., no ponen multas por no hacer.

SIEMPRENIÑA: ¿No me vas a hacer un regalito?

NARRADOR: Aunque no era con él, el holgazán se va por si acaso.

CABALLERO: Un hombre parado en una esquina siempre es preocupante... Por eso aparento

CABALLERO: El Mago Dios recibió a dos almas que regresaban de la Tierra. A una le dijo: «A ti te di todo el dinero del mundo y lo usaste para hacer guerras, para destruir, para satisfacer tus instintos, para el ocio, para todos los pecados, por tanto, ahora vuelves allí, pero esta vez con toda la pobreza del mundo. Y no te preguntes por qué tienes que ganar los tesoros del cielo como te enseñaron, porque cuando llegues allí se te va a olvidar todo esto que estamos hablando. Regresa».

SIEMPRENIÑA: Está más frito que una lechuga.

CABALLERO: Al otro el Mago Dios le dijo: «A ti te mandé muy pobre, porque en una anterior vida hiciste lo mismo que él. Ahora te voy a mandar otra vez, porque esta vez fuiste virtuoso, con todo y tu pobreza, porque ayudaste a todo el que pudiste, porque enseñaste, amaste, porque el amor es muy importante, el amor es lo más grande que hay».

SIEMPRENIÑA: Por eso yo vivo enamorada.

NARRADOR: En eso pasa el autor de *Medio siglo de soledad*, pero nadie se percata.

CABALLERO: «Te voy a dar todos los tesoros del mundo, úsalos para ganar la paz, detener la guerra a toda costa, para curar a los heridos y darles una mejor vida a los que vienen detrás, para educar, para ser bueno y enseñar a los otros a comportarse como tú; pero como sabes, estas palabras mías se te van a olvidar cuando llegues allí, en cambio tendrás la manera de aprender

los germanos y los anglosajones. ¿Por qué renegar de lo nuestro? Yo soy como soy y al que le guste bien y al que no, también. Recuerda: cuando ya los latinos éramos civilización, ellos eran unos bárbaros... que no quieran hacerse ahora... y los nativos de esta tierra practicaban el amor libre y eran más tolerantes y civilizados.

NARRADOR: Se acerca una hermosa dama en su quitrín de una sola rueda... El Don de La Habana sufre por no poder hacer una reverencia.

CABALLERO: El amor...

SIEMPRENIÑA: Sí, el pan de la vida, la copa divina...

CABALLERO: El amor...

SIEMPRENIÑA: ...entra por la vitrina.

CABALLERO: El amor...

SIEMPRENIÑA: ... es tormento de uno, la dicha de dos y es el odio entre tres...

CABALLERO: (GRITA, AMETRALLANDO) ...es la verdad, lo bueno... (SE CALMA Y BAJA LA VOZ, PAUSADAMENTE) ...el odio es lo malo.

SIEMPRENIÑA: ¡Qué susto me diste! (TRANSICIÓN) ¿No sabes que lo malo no existe?

CABALLERO: Es pecado abrir tus grifos y cerrar los ajenos, franquear tus entradas y salidas y obstruir las de los demás.

NARRADOR: Enrique Jardiel Poncela cruza raudamente llevando bajo el brazo su novela inédita «Traición se escribe con s».

estar despreocupado... Para que no piensen que soy un carterista.

NARRADOR: El sospechoso, que ya lleva más de una hora parado en la acera, mirando desconfiadamente a todos lados, se les acerca con sigilo.

CABALLERO: Ese es el que me limpia los zapatos para que los perros no me los oxiden.

NARRADOR: Pipo, tú no eres de hierro.

CABALLERO: (CONFIDENCIAL) Pero no tiene licencia... Es un trabajo no permitido a los particulares. Ese controlador prefiere que yo me oxide y que él se pase el tiempo ahí, sentado en el contén. ¿Por qué no lo regaña por estar sentado? Ah no, al que quiere ser útil, resolverle a los demás, cobrando unos cabitos de cigarro... o los cigarros completos, que solo me importan a mí, que soy el que pago y me resuelven. Lo que quieren es que nadie resuelva y todo esto se vaya a la cesta, a ver si se distingue tierra.

LIMPIABOTAS: (AL NARRADOR, SEÑALA AL CABALLERO) ¿Tú lo ves ahí, parado como si tal cosa? Le vendió a un entretenido un billete de lotería viejo, que no había salido en el sorteo y el tipo lo acusó. Le echaron una pila de años.

CABALLERO: Soy inocente. Tú lo que estás es molesto porque nunca te dejé limpiarme los zapatos.

SIEMPRENIÑA: ¡Qué hambre tengo! (PAUSA)

¿Por qué me contaste lo de los huevos?

CABALLERO: Por aquella señora. ¿No adviertes que no quiere que el niño limpie con las manos las puertas y las paredes?

SIEMPRENIÑA: Hazme un cuento para matar el hambre...

CABALLERO: Eres la gatica de María Ramos, tiras la mano... Dime, dónde escondes la piedra...

SIEMPRENIÑA: Yo te dije: «Coge la piedra, dame la flor»... Te cambié la mano por todas las rosas del mar. La puse en el búcaro de mi cabeza.

CABALLERO: Dar amor siempre irisa el lago. ¡Es tan hermosa una mujer con un niño de la mano!

SIEMPRENIÑA: ... Tengo hambre de un cuento...

NARRADOR: Ella hurga en la jabita, sin dejar su manía de coneja, y le da toquecitos con la esponja en el rostro, como secándole el sudor.

SIEMPRENIÑA: No pongas esa cara tan dura. ¡Mijo, cambia un poquito! ¡Déjate rejuvenecer!

VIEJO BILLETERO: Ese, ese es el descarado... Me alquiló un cuartucho hediondo y, aprovechando que yo no estaba, me robó una hoja de billetes de lotería. Yo lo denuncio.

CABALLERO: Más peste tenías tú en los tickets falsos que vendías. Soy inocente.

NARRADOR: Un aguacero en venganza desaparece al calumniador.

CABALLERO: Si no inventan una computadora que archive y luego envíe a mi nuevo cerebro todos los tesoros de mi cabeza, no permito que me trasplanten.

SIEMPRENIÑA: Mi madre me va a pegar con la chancleta si se entera que estoy aquí contigo.

CABALLERO: No pasa nada, nunca se acaba el mundo.

SIEMPRENIÑA: Pregúntaselo a uno que se esté ahogando...o haya caído en la grieta de un maremoto.

CABALLERO: (CON ÉNFASIS) Está decidido: ¡no hay trasplante! (PAUSA) Los cuerdos son esos masoquistas que disfrutaban tatuándose para después esperar a que llegue un nazi coleccionista de tatuajes a despellejarlos.

SIEMPRENIÑA: Ten cuidado, mi cabecita... Así, solita en la acera. (A UN SEÑOR QUE PASA, EMPUJÁNDOLO) ¡Mire por donde camina! ¿No ve que me va a patear la cabeza?

NARRADOR: El individuo, sin comprender, se aleja como perseguido por un avispero.

CABALLERO: En un tiempo la moda obligó a los negros a sufrir el peine caliente para tener pelo lacio, hasta que comprendieron que no debían renegar de los ancestros y querer parecerse a otros en nada superiores a ellos. Empezaron a llevar a mucha honra los *espendrums*, trenzas rastas y otros peinados, de acuerdo con sus características personales. Ahora la moda obliga a los latinos, velludos por su cuna mediterránea, a rasurarse todo el cuerpo para ser como

poquito. (PAUSITA) Uno es sus recuerdos, sus experiencias, sus conocimientos, su historia, sus traumas, sus virtudes y defectos: su espíritu. Lo otro es simplemente materia, como esos adoquines. (PAUSITA) ¡No me puedo mover! Nunca me hace reaccionar una mujer que huele mal.

SIEMPRENIÑA: ¿Y si me quito la cabeza y la cambio contigo? (PAUSA) Yo huelo muy bien. Sabes que me unto los mejores perfumes que la gente bota... en un potecito de mantequilla, una jabita con gandinga, una cabecita de pescado.

CABALLERO: Los que fuman huelen a cenicero en trámite de jubilación. ¡No, por tu madre! ¡No quiero que este cuerpo de dandi sea el de una loca!

SIEMPRENIÑA: (ESCONDIÉNDOSE DETRÁS DE LA ESTATUA) ¿Dónde está? (PAUSITA) No juegues así: yo le tengo miedo a las locas.

CABALLERO: A no ser que me hagan el trasplante de cerebro (REACCIONANDO) ¡Claro! Volvería a ser yo.

SIEMPRENIÑA: Ya quisieran Alicia Alonso y Rosita Fornés oler como yo huelo. (VUELVE A LA ACERA).

CABALLERO: ¿Yo sin ideas? Porque si no le meten mis geniales deducciones... Yo soy el único que realmente piensa en este caos...

SIEMPRENIÑA: Ahora mismo estoy oliendo unas masas de puerco fritas que me revuelven toda: ¡qué hambre!

CABALLERO: Dicen que allá, en el centro del Polo Norte, hay una montaña enorme: la llaman «la cima del mundo». A mi amigo el pesista lo contratan para subir un carro hasta lo más alto. Cuando llega ve un grupo de beduinos agotados por los muchos intentos en vano. Al verlo se entusiasman. Empujaron todos al unísono y el carro comenzó a rodar rumbo al cielo. Mi amigo era incansable así que, apoyándose unas veces en un saliente, otras hincando el tacón en alguna oquedad, no permitía que se detuviera el ascenso. Una vez arriba, el pesista se detuvo e hizo ademán de irse. «Dale un empujoncito más. ¡Qué estúpido eres! ¿Cómo vas a renunciar ahora?», le decían los otros. Pero mi amigo tomó el camino de regreso. «Quiero ser recordado como el que subió el carro a la montaña», dijo.

SIEMPRENIÑA: Y yo como la que se sentó en esta acera. (SE SIENTA). Algún día me harán una estatua aquí, a tu lado.

CABALLERO: Decrétales.

SIEMPRENIÑA: ¿Cómo te gusto más? ¿Así, en la posición de loto?

NARRADOR: Irrumpen exaltados unos operadores de mandarria.

OPERADOR 1: ¿Esta será la estatua que tenemos que demoler?

OPERADOR 2: Chico, por la facha... me parece que no está dando muy buen ejemplo aquí.

OPERADOR 3: Yo creo que este nos quiere tirar a todos pa' la miseria.

OPERADOR 2: Es la alegoría de la mala idea.

OPERADOR 1: ¡A la carga, jacobinos!

CABALLERO: Si la emprenden con los monumentos, ¿qué les van a dejar a los turistas de mañana para sus selfis? ¿Saben cuánto dinero recoge Roma de los admiradores de Nerón, de Calígula...?

SIEMPRENIÑA: De Boccaccio... de Garibaldi... de Mussolini...

OPERADOR 3: Espérate, que yo nunca he visto una estatua hablando...

OPERADOR 2: Aquí hay brujería.

OPERADOR 1: Oigan, mejor nos vamos.

OPERADOR 2: Sí, a lo mejor hasta se defiende y tó.

OPERADOR 3: ¡Paticas, pa' qué te quiero!

CABALLERO: Estoy solo, irremediablemente solo (SUSPIRA). ¿Sabes cuál es el prócer americano que más admiro?... Le he preguntado a las estrellas, a la luna y al mismo sol (PAUSITA). Caballo Loco.

SIEMPRENIÑA: Pues yo prefiero a Toro Sentado.

CABALLERO: Oh, Sílfide viendo a la dama obtusa, ¡quién pudiera ser un locomóvil para no tener que oír las vagancias de los demás!

DAMISELA PERORATA: (SEÑALA AL DON)
Le robó a una amiga mía todas las joyas, valoradas en cincuenta mil pesos. Ella lo acusó y le echaron como diez años.

SIEMPRENIÑA: Esa amiga suya era una desnalgada... Cuando estaba muriéndose confesó

¿Cuál de las dos te doy para que la cortes? Ya me siento Siempreniña la doble coja.

CABALLERO: No pasaría nada. Seguirías siendo tú. ¿Y si te cortamos la otra pierna?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay! ¡Una silla de ruedas!

CABALLERO: Nada. Seguirías siendo tú. ¿Y si te privamos de los brazos, del cuerpo?

SIEMPRENIÑA: ¡No quiero saberlo! (DESESPERADA) ¡Mi cabeza está sobre la acera! ¿Quién me coge por los pelos y me lleva a la peluquería? ¿Alguien puede rascarme esta oreja que no me pica ahora pero entonces tendrá urticaria?

CABALLERO: Si hubieras visto cómo me recibían en la Acera del Louvre... También seguirías siendo tú. ¿Y si te ponemos el cuerpo del perro sarnoso?

SIEMPRENIÑA: En vez de echar un párrafo contigo estaría rascándome. ¿Por qué no me dices algo que me dé risa?

UNO: (ENTRA) Por mucho que el perro corra, jamás encontrará un vena'o (SALE).

CABALLERO: Tú no has ido nunca a la peluquería. ¡Nada! Serías tú con cuerpo de perro sarnoso... Tú eres tu cabeza... es más: eres tu cerebro.

SIEMPRENIÑA: (CONFIDENCIAL, EN UN SUSURRO) Yo no tengo cerebro. ¿No has oído que las mujeres tenemos muchos sentidos?

CABALLERO: Tú no tienes bicicleta y no siempre uno puede reírse. De vez en cuando hay que pensar un

CABALLERO: Estoy dormido...

SIEMPRENIÑA: Me voy a callar para que descanses.

FARSANTE: Cuidado con esos simuladores...

Peores son los que se hacen los enfermos para pedirles comida y dinero a los piadosos y luego son como los vampiros de la India, que cuando se te montan arriba no hay fuerza humana ni sobrenatural que los baje. (PAUSITA) ¡Ay, qué ardentía tengo en el estómago! ¿Pudieran darme una ayudita para comerme una pizza?

CABALLERO: ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!...

Dicen que el rey Enrique VIII le dijo al negro Salvador Golomón: «Tú salvaste al Obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano y todo, pero no te podemos dar caobas ni cantos para levantar tu palenque, porque los necesito en mi Palacio del Escorial».

SIEMPRENIÑA: (CONSIGO MISMA) Pero si él habla dormido... ¡Qué lindo! Ahora, que nos paguen toda esa madera que se llevaron de nuestros bosques.

CABALLERO: Ya no hay a quien cobrarle, se murieron.

SIEMPRENIÑA: A los hijos, a los nietos, tataranietos o recontratataranietos...

CABALLERO: Yo soy descendiente de Enrique VIII.

¿Cómo quieres que te pague? ¿En caricias?

¿Qué pasaría si te cortáramos una pierna?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, pobrecita yo! Lloraría como un cocodrilo tomando el sol y saldría pedaleando.

que un exquerido la chantajeaba y tuvo que darle todas las joyas para que su marido y las calles no se enteraran. ¿Cuántos años cumpliste por su culpa, lactantico mío?

CABALLERO: ¡Soy inocente!

SIEMPRENIÑA: ¿Por qué no me haces un cuento?

CABALLERO: ¿Cuál? ¿El de Caperucita?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay no, que me da miedo la abuelita!

CABALLERO: ¡Eres muy original! ¿No ves que estás en Cuba? No hay Caperucitas.

NARRADOR: Una manada de lobos cruza junto a ellos, con chores y camisetas, sombreros de guano y *flacheantes* cámaras fotográficas, en estampida delante de caperucitas de todos los colores.

SIEMPRENIÑA: Espérame, que voy a retratarme. (SE DETIENE TODO. ELLA POSA CON GESTOS MUY SUYOS Y LUEGO AUTORIZA AL TIEMPO A SEGUIR CORRIENDO JUNTO A LOS LOBOS).

NARRADOR: El Caballero de París aprovecha, sin hacer ni un gesto, para atravesar con la mirada las paredes del convento, intentando sostener una charlita con el Cristo de Casablanca, al otro lado de la bahía. No es guardar rosales idea tan alada.

SIEMPRENIÑA: ¡¡Ju!! (SE RÍE) ¿Te asusté?

DAMISELA PERORATA: (MIRANDO AL CABALLERO) Sus familiares insistían en que volviera a España, a lo mejor el aroma de los

viñedos, el rumor de los bosques frondosos y el nordés,⁵ con su aire seco, lo devolvían a la realidad... El que no. Ellos que sí. Que no. Que sí. Hasta que él amenazó: «Si insisten, cuando el barco navegue sobre lo más profundo del Triángulo de las Bermudas, me tiro al mar». Desde entonces lo dejaron solo.

CABALLERO: (FIJANDO LOS OJOS, SIN MOVERLOS, EN LA DAMISELA) Te pasas la vida, Parabolano, pidiendo a otros que eviten el cambio del clima, lloriqueando porque tu territorio va a desaparecer... y tú no haces más que recordar parábolas sin sentido, difundes noticias falseadas... Botas los escombros en lo alto de tu firme, haciendo lomas en el medio... Está bien, no dejes de pitar, que niño que no llora no mama, pero ve rellenando la costa, para levantarla y hacer como las naciones bajas, que hace mucho tiempo viven por debajo del nivel de la humedad.

BODEGUERO: Este, por desgracia, paisano mío, al que yo le decía «toma chocolate y no me pagues lo que debes», se metió una noche en mi bodegón de la calle Revillagigedo, se robó el dinero y lo que le cupo en el saco mugroso que de seguro llevó. Yo no lo vi, pero estoy casi convencido de que fue él. La policía también lo creía y el abogado de oficio que ni lo defendió. Lo condenaron por «robo

5 El viento, no la ginebra, que lo podía enloquecer más.

hombres y mujeres, unisex, pero los clientes, desconocedores, se negaron.

CABALLERO: Yo vendí libros... ¿sabes que Pote se hizo millonario vendiendo libros? Fuimos grandes amigos. Yo inauguré su puente de hierro, lo pasé como cuatro o cinco veces mientras lo pintaban... y me iba hasta la esquina de Quinta y Diez para saber la hora... Querido Pote, ¡cuántos beneficios le trajiste a este loco!

SIEMPRENIÑA: No sé por qué te haces el científico... El sabelotodo.

CABALLERO: El Mago Dios es el que lo sabe todo... El hijo del Mago, que estudia en una escuela primaria, le enseña al padre la tarea, que consistía en establecer una comparación entre el caballo y el gusano. ¿La respuesta? El caballo no se arrastra, pues tiene cuatro largas patas. «Eres un genio», le dijo el padre. El profesor, en cambio: «Estás suspendido. No me hablaste del gusano».

NARRADOR: Una fuerte llovizna rebota en los paraguas de Cherburgo.

CABALLERO: Yo también pienso que tú crees que lo sabes todo... Y no me digas que tú lo que haces es no hablar de lo que no sabes, porque te voy a responder...

SIEMPRENIÑA: Y yo que creía que tú no respondías.

CABALLERO: ... entonces tendrías que ser mudo.

SIEMPRENIÑA: Muévete chico. ¿Por qué no te mueves?

SIEMPRENIÑA: Cuando yo me sienta pesada me daré cuenta y ya veré lo que haré.

CABALLERO: Imagina que en Júpiter tengamos minas para traer plomo a la Tierra, sin extraer nada de aquí. En unos años se rompería el equilibrio galáctico.

SIEMPRENIÑA: ¿Y el plomo servirá para mi estatua?

CABALLERO: Hemos venido para evolucionar. No hay marcha atrás. Deja que los cuerdos se atormenten con sus apocalípticas conclusiones. El universo es joven. Algún día morirá y tendremos que salir de él como el comején o las hormigas con alas para asentarnos en otro. O tal vez solamente enviemos hacia allá nuestros genes para provocar una nueva evolución.

SIEMPRENIÑA: Yo hubiera querido ser hija de reyes o de millonarios.

CABALLERO: ¿Para qué?

SIEMPRENIÑA: Es que mis padres eran unos incultos en su palacio... (SOÑADORA) Para ser una limosnera cubierta de joyas.

CABALLERO: Debes agradecerles estar aquí. Porque si ellos no se hubieran empatado, hubieran tenido otros hijos con otras personas, pero no tú.

NARRADOR: Era un tremendo caballero este Caballero... Las manicures se volvían locas con la lindura de sus manos, sus uñas convenientemente atendidas... Ellas querían crear un estilo, inspirado en su buen gusto, para

con allanamiento de morada». ¡Y todavía le hacen homenajes! Este mundo está perdido. Es más, págame lo que debes.

CABALLERO: ¡Soy inocente! Me difamas, pero te bendigo; el juez final te va a decir: «Al lado tuyo Jack el Destripador es un mamón; el Sacamantecas, otro lactante; Baba Anuyka, gateaba; Ted Bundy, Andrei Chikatilo, Dorothea Puente, el payaso y demás asesinos seriales, se sentirán en el Infierno como en un hotel de Varadero. Robarles a millonarios..., ¡no muy de acuerdo!, ¡pero tú si no tienes perdón! Despojar durante toda una vida de media oncita de arroz, frijoles y demás alimentos de la canasta básica a infelices enfermos, ancianos y otros minusválidos, es un crimen más terrible que todas las degollaciones y los crematorios nazis juntos... ¡Cadena perpetua en la peor candelá!... ¡Ay, no me atormenten más! ¡Que me tiro, concho!

NARRADOR: La Siempreniña azora al comerciante.

SIEMPRENIÑA: Y no acabas de hacerme un cuento.

CABALLERO: (MANDA A CALLAR) Pssss, espérate... Las piedras me dicen algo... Pueden hablar, pero con urbanidad... Respeten para ser respetadas.

SIEMPRENIÑA: Yo se lo prohíbo. Si sus majestades los mendigos hablan, las piedras se callan... Cuando yo diga tibor, salgan de abajo de la cama.

CABALLERO: Tener un amigo mentiroso es lo último. Sobre todo, cuando te despierta por las madrugadas con uno de sus inventos.

SIEMPRENIÑA: Yo no digo mentiras... Los que duermen de pie son los caballos.

CABALLERO: «Llegué a mi casa», me dijo. «Abrí la puerta y sentí como si un gato se restregara contra mis piernas. Miré y no había nada. Debe de ser un gato invisible o el fantasma de un gato».

SIEMPRENIÑA: Yo nunca he visto un caballo...

NARRADOR: Nunca digas «nunca», no sea que ofendas a alguien. Menos, «nunca nadie», «nunca en el mundo», «nunca en la vida», etcétera. Ya pueden seguir con el gato en la oscuridad.

CABALLERO: «Eso no es nada, tranquilízate»...

SIEMPRENIÑA: ... con dos patas y cara de viejo.

CABALLERO: ... le dije y se fue. Al poco rato volvió...

SIEMPRENIÑA: ¿Y no dejaba dormir al caballo?

CABALLERO: ... «Sentí que algo se acostaba a mis pies, en la cama...ronroneando. Pero estaba yo solo». «Son ideas tuyas», traté de calmarlo. Se marchó como confundido. Regresó enseguida.

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, mi madre! ¡Me vas a volver loca con el gato! (HACE UN PUCHERO). A mí me gustan mucho los gatos.

CABALLERO: Sí, porque no eres lagartija... «Vi que el bistec que dejé adobado en la cocina para el desayuno salía corriendo solo».

SIEMPRENIÑA: ¡Mentiroso! Yo creo que tú nunca has visto un bistec.

SIEMPRENIÑA: Yo no quiero morirme ni mañana ni nunca...

CABALLERO: El joven oxiuro no tenía cómo dejar de preguntar: «Profe, ¿cómo sería el origen de nuestro universo? ¿Será verdad que hubo una gran explosión generadora de materia?».

SIEMPRENIÑA: ... solo quiero volverme un plato de paella.

CABALLERO: No sabían que para saberlo todo de su universo, tenían que salirse de él y estudiarlo desde fuera, lo mismo que hay que meterse para saber qué hay dentro de algo. El alumno insiste: «¿Por qué los que se van no regresan? ¿Será que es mejor estar allí afuera?». «No concibas preguntas tontas. Mira, súmate a tus amigos y chupa sangre, que este manantial es inagotable. Podemos multiplicarnos por millones... y si algún día se seca, es posible provocar una explosión nuclear para sacar más sangre de las profundidades». Los pobres, tampoco sabían que cuando su universo se enfermaba enseguida buscaba un remedio para eliminarlos... Lo importante es el equilibrio.

SIEMPRENIÑA: Sí, la cuerda floja.

CABALLERO: El peso que saques de un lugar debes reponerlo. Cuantos kilogramos metas de un material, debes sacarlos de otro.

SIEMPRENIÑA: Yo ahora comí pizza. Estoy pesada...

CABALLERO: Debes sacar de ti en la misma proporción. Arráncate un puñado de pelo, dos o tres dedos...

sol... (DÁNDOSE CUENTA) ¿Qué pasó con mi violinista de Línea y G?

CABALLERO: Un día le fueron a echar una brujería y, cuando el santero estaba preparando el trabajo, le dice a la mata de la envidia: «¡A ese tipo no le entra ná, chico! ¡Compay, desista, que contra eso no se puede! No, no, no, ¡lo que tiene eeeeé!... Es que ni mis muertos... Los muertos míos lo que hacen es aplaudirlo, compadre... ¡Aplaudirlo!».

NARRADOR: Ella insta a los viandantes para que se sumen...

SIEMPRENIÑA: ¡Arriba!, ¡conmigo!... Tatatá-tatá... Tatatá-tatá...

NARRADOR: Cada vez que don Nicolás empieza con su voz radioeufónica: «Tengo, vamos a ver...», algo lo interrumpe y no puede continuar.

CABALLERO: Yo nunca cogí parásitos intestinales. Me protegían los anticuerpos que recibí de la leche materna... que le robábamos a unos cabritos, fajados a cabezazos debajo de la chiva.

SIEMPRENIÑA: Ya, deja los caimanes en el fango.

CABALLERO: El universo es como una matriuska o una caja china. (PAUSITA) Dos oxiuros conversan en un intestino: «Profe, ¿habrá otro mundo fuera de este?». «El Cielo, hijo mío». «Es que mi madre se fue en el bolo del desayuno». «Se murió, hijo. La muerte es irse definitivamente».

CABALLERO: Cayó la noche, la ciudad bostezaba. Obispo abajo, dormitaban las blancas azucenas, los nardos y las rosas... Cuando yo estaba así, ¡riiiiico!, más rendido que los cevepé de los alrededores, siento que me toca...

SIEMPRENIÑA: ¡Está bueno ya, chico, déjame dormir tranquila, sentada como los caballos!

CABALLERO: ...estaba arañado, ensangrentado de la cabeza a los pies: mi amigo es capaz de cualquier cosa con tal de que uno le crea una mentira.

SIEMPRENIÑA: Vaya, me voy a parar, porque tú no me dejas dormir... yo no digo mentiras.

CABALLERO: Este lugar es mi locutorio.

SIEMPRENIÑA: Una vez dije una sola...

CABALLERO: Y al que no le guste, que se vaya.

SIEMPRENIÑA: ... porque una tiene sus responsabilidades...

CABALLERO: El que no dice mentiras soy yo.

SIEMPRENIÑA: Yo tenía la obligación de ir a buscar un pancito que me regalaban en una casa.

CABALLERO: Si digo que lo vi..., lo oí. Si digo que lo oí..., lo imaginé.

SIEMPRENIÑA: No podía renunciar a ir, para que no se pusieran bravos.

CABALLERO: Pero siempre es verdad.

SIEMPRENIÑA: ¿Qué te pasó ayer, que no viniste a buscar el pan?

CABALLERO: ¿No ves que estoy empotrado al planeta?

SIEMPRENIÑA: Es que se murió la vieja Cunda y tuve que ir al entierro...

CABALLERO: No me gusta la gente que habla mucho y que no ve que me sembraron aquí a ver si florezco, paro muchos aguacates de tres y cuatro semillas y se llena el mundo de caballeritos.

SIEMPRENIÑA: Y se murió de verdad. (LLO-RA) ¡No importa que no se llamara Cunda! (SE SECA LA CARA Y SE SOPLA LOS MOCOS EN EL VESTIDO).

CABALLERO: Quiero que escribas por mí varios papeletos que digan: «Bondad, Tolerancia, Amor».

SIEMPRENIÑA: No sé escribir en el alfabeto de los chiflados.

CABALLERO: Yo puedo contar las crónicas de la ciudad por todos los maniáticos que vienen a susurrármelas.

SIEMPRENIÑA: La ciudad está llena de locos. ¡Cuéntame! ¡Cuéntame!

CABALLERO: Yo no soy indiscreto. Hay dos cosas que no soporto: la deslealtad, la chismosería, que se metan en mi vida y la cosquilla en los pies.

SIEMPRENIÑA: ¿Para qué enciendes el radio, si no le das volumen?

NARRADOR: En eso llega un tal Bigote e gato, dando gritos:

BIGOTE DE GATO: (CON BIGOTE SUPERLARGO, UNA BOINA ROJA Y ACENTO ASTURIANO) A mí me trajo a Cuba Cristóbal Colón.

NARRADOR: Así se llamaba el barco.

CABALLERO: Tampoco dijo nada de las sábanas blancas colgadas en los balcones.

NARRADOR: Se lo soplaste a otro.

CABALLERO: ¡Soy inocente! (COMO CAZANDO UNA IDEA) Cada vez que tenían que pasar frente al cementerio su madre le pedía que dejara de cantar o de chiflar, porque era un lugar de mucha seriedad, de silencio, de respeto. Pero él era un ser alegre, que tocaba guitarra y cantaba. No podía entender que ofendiera a los difuntos aquello que mejor él hacía y que tanto les gustaba a los vivos, por qué no les iba a gustar estando ahí tan aburridos. Entonces, ya cuando fue grande, sintió lástima de aquellos condenados que se lo estaban perdiendo. Él era el mejor trovador del barrio...

SIEMPRENIÑA: Yo también me lo pierdo... No me gustan los acordeones...

CABALLERO: ... todas las semanas se sentaba sobre una tumba cualquiera del cementerio, después de limpiar la losa con la mano, y les dedicaba conciertos a los difuntos...

SIEMPRENIÑA: ¡Pobrecito! Le voy a llevar un cojín para que acomode sus cachetes.

CABALLERO: ... y ese hombre tuvo una suerte en su vida increíble, todo le salía bien, cada vez que terminaba una gira, metía unos pasillitos a lo Elvis, lo mismo sobre mármol purísimo de Carrara, que sobre granito negro...

SIEMPRENIÑA: Yo antes iba a disfrutar los conciertos del violinista de Línea y G... Era un

IRENO: «Vamos a andar La Habana, amor, bajándonos al mar...».

CABALLERO: (A CORO CON IRENO) «...bojeando Zanja que una vez fue china en un portal». (SE DETIENE, INCREPANTE) ¿Y dónde me dejaste, «junto a la Iglesia de Paula»? ¿Por qué no lo pusiste?

SIEMPRENIÑA: ¿Para qué, parvulito? ¿Para ahora estar así, con los pasos detenidos para siempre?

IRENO: «Cruzar Galiano y descansar en el Parque Central...».

CABALLERO: ...ni la Plaza de Armas...

IRENO: «Tomar Obispo, sin dudar hasta La Catedral».

CABALLERO: ¿Y la Quinta Avenida? (A CORO CON IRENO) «Vamos a andar La Habana, amor, pegándonos al mar. Apunta el día y la ciudad se quiere levantar».

NARRADOR: Ireno se va alejando con rumbo norte hacia el Malecón...

IRENO: «Ya sale el sol desde un balcón dorando una canción».

NARRADOR: La voz se va alejando en *cross fade*, entrecruzándose con los ruidos de la ciudad: autos y motos sin tubos de escape y demás menudencias.

IRENO: «Vamos a andar La Habana, amor, siempre buscando el mar».

SIEMPRENIÑA: Sí... y saltó del muro... se adentró en el mar... como Longina.

NARRADOR: Alfonsina.

CABALLERO: (EN VOZ BAJA, A SIEMPRENIÑA) Este tipo es más pesado que vaca en brazos.

SIEMPRENIÑA: ¿Una vaca?... Te aconsejo que cargues una chiva, por los malos entendidos.

CABALLERO: ¿Qué me calle? Sabes que no me callo ni debajo del agua.

SIEMPRENIÑA: Este señor es traslúcido.

CABALLERO: Sí, realmente se manda tremendo feo.

BIGOTE DE GATO: Y me decían en la Tropical, porque nadie bailaba mejor que yo, el Gallego Caramelo.

CABALLERO: Sí, para los cubanos todos somos gallegos... Aunque yo me alegro de que no seas paisano mío.

BIGOTE DE GATO: ¿Qué dijiste?

CABALLERO: Juro que nunca he dicho nada.

NARRADOR: Yo siempre lo he dicho: ni se mueve ni habla ni canta ni come fruta...

BIGOTE DE GATO: Estuviste preso por mujeriego... ¡Desvergonzado! ¿Creíste que te podías tirar a la mujer del dueño del hotel Habana y no pasarte nada?... Traslúcido, malagradecido... Después que le dio trabajo a tu carroña gallega...

CABALLERO: ¿Por qué odias a los gallegos?... ¿Qué te han hecho? ¿Y yo qué hice?

BIGOTE DE GATO: Yo nunca he dicho tal cosa... Lo que sí sé es que el dueño del hotel, celoso, te metió un billete de veinte pesos debajo de la almohada y te acusó de ladrón.

CABALLERO: Gracias, amigo, por hablar de mí... (PAUSITA) De mí, bueno o malo, pero que

hablen... No hay nada más terrible que el que lo ignoren a uno.

BIGOTE DE GATO: ¿Nunca comiste en mi club mi «comida criolla y del amor»?... Lo siento mucho. Yo te la hubiera dado gratis: «rabo encendí'o, lengua estafada y dulce de papaya con queso». (HACE UNA PAUSA PARA DAR CHANCE A QUE LOS PRESENTES DIGIERAN EL MENÚ) Las parejitas salían de allí para las posadas más cercanas y los solitarios se metían una hora en el baño.

NARRADOR: Y se va de lo más divertido.

SIEMPRENIÑA: Eso es irrespetuoso.

CABALLERO: A veces el irrespeto es necesario, como el de la persona que recoge y organiza... si me ves solo y sin manos, no me respetes: aliméntame, báñame, túrbame más... ¡hay tantas cosas que no podré hacer!

SIEMPRENIÑA: No me tires a mondongo.

CABALLERO: Apareció en un solar yermo de la ciudad un dinosaurio muerto...

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, mamá, un asesino!

CABALLERO: Los científicos querían disecarlo para exponerlo en el museo de Artes Escénicas. Figúrate: ¡el único ejemplar completo que llega hasta nuestros días...!

NARRADOR: En realidad lo clonaron en Cenpalab.

SIEMPRENIÑA: ¿Y ya descubrieron quién lo mató? ¿También te culparon por eso?

CABALLERO: No. Ya estaban enterados de que yo sí me tiro al mar... No se sabe cómo, pero

CABALLERO: Es el único que no me marca. Fueron muchos los panes que le di a su tatarabuelo... Como te decía, ese es el mejor protector solar del mundo... El remedio definitivo para evitar el cáncer de cuero...

SIEMPRENIÑA: ¿Quién es el inventor de la cuchara? (PAUSITA) ¡Anónimo! ¡El más importante de los autores!

CABALLERO: ...el güito. Raspas las manchitas, recoges las esporas y las siembras en el pedazo de piel que quieras proteger... En unos días los cutis más tostaditos empiezan a clarear... (PREOCUPADO) «¿Y para qué quieres ese bate?», le pregunté.

NARRADOR: «Vamos a jugar pelota en la cúpula del Capitolio».

CABALLERO: ¡Mírame!... Conoce al dueño del Vedado... Recuerdo que, cuando Ireno cogió la guitarra y creó la melodía, mi espíritu se despertó y me fui a soplarle al oído: «Vamos a caminar, se está poniendo el sol y La Habana se muda al Malecón».

IRENO: «Vamos solos tú y yo, atravesando G. La luna nos espera en 23».

CABALLERO: Sí, pero no oíste que te susurré «la esquina de 12 y 23, donde los dependientes me regalaban muy buenas pizzas, ni la Avenida del Puerto, la calle Muralla...».

NARRADOR: Zapata, Carlos Tercero, La Vía Blanca, la Carretera Central...

CABALLERO: «Nuestro jefe es tan perfecto que no quiere ver su rostro en los periódicos». «Alguien me dijo que no era fotogénico». Esta vez escuché sus pensamientos: «Si vuelves a soltar otra, te arranco y te tiro en la bahía». Luego me explicó: «En el principio era el Verbo, por eso sin teoría no hay mundo, ni vida, ni progreso social. Mierd fue el genial creador de la teoría: ha sido el único mortal con cerebro sin gris, por eso las masas, el montón, deben cuidarse de los que creen que piensan y ponen en duda los preceptos y la doctrina invicta del irrepetible Mierd. Nosotros somos sus seguidores. Como no pudimos ponernos de acuerdo entre los sufijos *-ista* o *-eros* para nombrar nuestra corriente ideológica —la única, la verdadera—, decidimos llamarnos sencillamente *los cuerdos*. Y los cuerdos sabemos que Mierd no se equivocó, que la tierra tiene forma de tiburón, con el centro de excretas. Y Mierd no se equivoca nunca, porque lo dice Mierd, y él nos dice que quitemos del camino los obstáculos, que arranquemos de una vez a esos heréticos pseudocientíficos a los que les gustaría muy mucho redondearnos el planeta».

SIEMPRENIÑA: Lo más valioso no tiene autor. (ESPANTA AL PERRO QUE, ESQUIVANDO AL CABALLERO, SE HABÍA ACERCADO A ELLA LEVANTANDO LA PATA Y SANTIGUANDO LOS BAJOS DE LA PANTALONETA).

lo dejaron en el hueso... Cogieron presos a los gorriones. Los policías no podían llegar allá arriba para atrapar a las tiñosas.

SIEMPRENIÑA: ¿Y los huesos?

CABALLERO: Mellaban los machetes y las hachas... no cabían en las ollas de presión...

SIEMPRENIÑA: A los dinosaurios solo hay que dejarlos caminar y los verás embellecer nuestros paseos y alamedas.

CABALLERO: Son tan hermosos como una mujer con un niño de la mano. ¿Quieres ser bonita? Aquí está mi antebrazo.

SIEMPRENIÑA: (SE QUITA DEL MEDIO DE LA CALLE) ¡Corre! ¡Métete aquí junto a la puerta del convento! ¡Por ahí viene uno!

CABALLERO: Estamos aquí para ser felices. No me queda otro remedio que esperar a que me pase por encima y, si aún conservo vida, hacer el cuento.

SIEMPRENIÑA: ¿Qué vida?

CABALLERO: Hemos venido a disfrutar de ella: somos un trámite de materia bendecida que se mueve y siente por un breve tiempo, antes de ser inerte por otros miles y millones de años.

SIEMPRENIÑA: ¿Qué cuento? Si a ti no te gusta hacer cuentos.

CABALLERO: En un pueblo había un viejo que era detestado por todos y estaba en su casa, ya casi en coma. Decidieron aparentar que lo querían ayudar y le preparaban su purecito, porque no tenía dientes, no podía masticar. Pero en lugar de batir la carne, las viandas y

los cereales con agua, leche o algún caldito, decidieron descargar su odio en la comida: la mezclaban con saliva. Para eso todos se pasaban el día escupiendo en frascos, cuyo roñoso contenido luego unían en la papilla. ¡Con qué gusto lo alimentaban! ¡Hubo hasta piñazos por el placer caritativo de empuñar la cuchara! (TRANSICIÓN) Con el tiempo, uno tras otro fueron muriendo deshidratados, mientras el viejo se puso de lo más bien por las buenas digestiones que empezó a tener.

NARRADOR: Despacio, como las buenas noticias, avanza un cortejo llevando en alto un cadáver desnudo sobre una parihuela. La Siempreniña se acerca al Caballero con intención de hablarle, pero este la detiene sin un gesto.

CABALLERO: Espérate. Déjame corregir a ese loco a quien nadie ha dado vela en este entierro: eso no es un cortejo; en todo caso un larguejo, porque el tumulto que lo sigue ocupa varias cuerdas.

NARRADOR: Ella señala al difunto.

SIEMPRENIÑA: ¡Qué bien le queda la camilla!

CABALLERO: Esa materia empieza a descomponerse hasta que no quede nada de la persona que fue. ¿Cuánto tiempo tardaría en circular por todos los procesos de la naturaleza? (PAUSITA) ¿Crees que en algún momento se vuelva a organizar para constituir ese mismo cuerpo? Por eso estoy en este sitio, tranquilo, esperando al dinosaurio. Creo que es mejor dormir para cuando el dinosaurio despierte, yo estar todavía aquí.

CABALLERO: El del diente arriba se ríe a carcajadas: «¡Qué fea toda esa gente!». El del diente abajo lo secunda: «¿Cómo podrán masticar solo con las encías?».

SIEMPRENIÑA: ¿Por qué no me haces un cuento?

CABALLERO: ¿Cuál? ¿El de la Caperucita?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay no, que me da miedo el leñador!

CABALLERO: ¿El mejor remedio contra el miedo? Dormir en una tumba, junto al muerto. (PAUSA) ¡Hay cada cuerdos que vienen con su barrenillo! No se me olvida uno que traía un bate en la mano y me dice: «El que no sigue las ideas de los fundadores de la teoría es un hereje, un reformador, un agente enemigo, un razonador». «La teoría siempre es aplastada por la realidad y pobres de los que lo descubren tarde o no rectifican a tiempo», comenté. «¿Qué quieres decir con eso?». Me miró amenazante. Como no respondí y me mantuve tranquilo, se tranquilizó también. A veces es conveniente ser de bronce: la gente se mide para darte un piñazo. Aunque bien pudo escachar en mi cabeza el aluminio del bate.

NARRADOR: Dos colugos saludan a un real-maravillado: «Mira, te presento a Alejo Carpentier... Es escritor». «Tanto gusto... ¿Y qué escribes?». El intelectual, que no entiende el colugués, no responde y se aleja, convencido de que no hablan con él. «Muchacho, es el autor de *El portal de este mundo*».

rechonchos, invadiendo un universo sin fábricas, sin agua, sin oxígeno, donde serán escasas todas las producciones de la Tierra, que será pequeña para banco. He dicho y... ¡fuera!

NARRADOR: La que siempre ha sido niña los espanta con su gesto característico. Como a ellos ya los han botado de otras partes, se van en espera de poder consumir sus designios.

CABALLERO: Yo habitaba el portal de Lámparas Quesada, ahora librería Alma Máter, en Infanta y San Lázaro; le di vida a Galiano, a Belascoaín... (TRANSICIÓN) Un tuerto se fue al país de los ciegos. Había oído tanto el refrán, que llegó convencido de que sería el rey de aquellos infelices. Tuvo que soportar las burlas. No sabía que los entendidos habían variado la máxima: «En el país de los ciegos el tuerto es discriminado».

SIEMPRENIÑA: Estate quieto. Te voy a matar un mosquito. No quiero que vayas a coger parásitos intestinales.

CABALLERO: Déjalo que pique. Me hace sentir que estoy vivo.

SIEMPRENIÑA: No. (LO MATA) Me embarraste. Me voy a poner brava contigo.

CABALLERO: Yo soy el andarín de Centro Habana... Contaminaron el agua... Ahora te la venden empomada.

SIEMPRENIÑA: ¿En pomada? ¿Hay yo quiero untármela? ¿Dónde la venden? ¿En la farmacia? ¿En una chopin? ¿Con perfume?

SIEMPRENIÑA: ¡Mira, el muerto sonríe! (IGUAL QUE ELLA) Disfruta las lágrimas de los dolientes: es el amor que le profesan.

CABALLERO: (NO MUY CONVENCIDO) Sí...

SIEMPRENIÑA: (SOÑADORA) Es humano..., purificador.

CABALLERO: Aunque algunos lloren porque se acabaron los huevos de oro.

SIEMPRENIÑA: (HACE UN GESTO DE FASTIDIO) ¡Y dale con los huevos! (PAUSA) ¿No comprendes que me duele la jabita?

CABALLERO: Ya yo había oído de la muerte del dinosaurio de los huevos de oro.

SIEMPRENIÑA: ¿No serás tú el dueño de la jabita?

CABALLERO: Hay quienes piensan que viven una sola existencia...

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, el dinosaurio! (VUELVE A PARAPETARSE).

CABALLERO: ...cuando vinimos a vivir varias: la real, la tuya, esa que sufres o disfrutas, según gustes; la de los sueños y pesadillas, sean estas en cama descansada o en duro y frío portal; la de tus ensoñaciones, tus añoranzas; las de los personajes de novelas, películas, obras de teatro...; y todas las vidas de tus conocidos que quieras gozar o padecer. Realmente, estas últimas quienes las viven mejor son los chismosos.

SIEMPRENIÑA: (RECOSTADA AL PORTÓN DEL CONVENTO) Las vidas que aún viven los muertos, los dioses, los orishas... Todas son vidas que se entrecruzan con las

nuestras, y existen si tú te permites creerlo...

Pero muchos les tienen miedo.

CABALLERO: Los que viven con miedo son los cuerdos: esos seres que van por el mundo sin disco duro, siendo infelices y empujando al resto a la infelicidad: que si eres engañado, que si tienes que romper, que si qué va a decir la gente...

SIEMPRENIÑA: ...que si te van a gritar vieja sucia...

CABALLERO: ¿Y qué opina la felicidad? ¿Has pensado en eso?

SIEMPRENIÑA: A mamá no le gusta que hable con varones ni que trasladen osamentas en las guaguas.

CABALLERO: Los cuerdos les temen a las secreciones, evitan el contacto directo, se aíslan del mundo: de haberlos, se pondrían preservativos de cuerpo entero. Son hervidos enfermizos, futuros antisociales, si es que no lo son ya.

SIEMPRENIÑA: Como si alguien pudiera independizarse de la burbuja.

CABALLERO: Los cuerdos no han oído nunca las consignas de la Revolución milenaria, o les entran por un oído y les salen por la boca... Es mejor el dinosaurio. ¡Qué venga!

SIEMPRENIÑA: Ya pasó. (SE ACERCA A LA ESTATUA). Era el muerto de la hamaca y ponía «esos» de oro.

TANATOPRACTOR: Yo acicalé a un difunto que apareció asesinado. (SEÑALA AL CABALLERO) Este hombre estaba presente en el lugar del crimen y lo acusaron de haberlo

cambiara. Estaba tan acostumbrado al crujido alegre de los comejenes, a las ampollas de herrumbre de los enrejados, a las diez manos de hollín sobre las paredes desteñidas, que yo nunca hubiera permitido que me modificaran la ciudad.

SIEMPRENIÑA: ¿Has oído hablar de la tierra de la Senectud?... No sé. Dicen que existe. (TRANSICIÓN). ¿Por qué no me haces un cuento?

CABALLERO: ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! (PAUSA) Solo es vieja la tierra sin compost donde las ideas no retoñan. ¿Cuál? ¿El de la Caperucita verde?

SIEMPRENIÑA: ¡Ay, no! ¡Asco!

CABALLERO: La Caperucita, apretada con la abuela en la barriga del lobo, le gritaba al leñador: «¡No mate al animalito! ¡No mate al animalito!».

SIEMPRENIÑA: Es verdad ¡Pobrecito! Él también tiene derecho.

NARRADOR: Se acercan abrazados don Malthus y Von Mosca Sobre El Labio, cada uno con una botella de güisqui, pero sin borrachera, eh, que ambos son sujetos civilizados.

MALTHUS: Mira, Adolf, cómo sobra gente en esta plaza. Hay que mandarles mucha hambre, una epidemia, una guerrita...

MOSCA: ¡Crematorios! Yo empezaría por estos locos.

CABALLERO: Ustedes pasarán sin saber que pasaron el día que los ricos locos descubran el verdadero filón: muchedumbres con bolsillos

SIEMPRENIÑA: ¿Me imaginas? ¿Yo con esas pantorrillas?

NARRADOR: Se desprende tras los zapatos, para preguntarles dónde hallar piernas como aquellas, pero estos se le pierden con el campanero Din Don Dan que les va a demostrar por quién doblan los sacristanes.

CABALLERO: ¡Deja esas sandeces y no prohíbas más! ¡So Parabolano!

SIEMPRENIÑA: ¿Quieres un pedacito de pizza? La habían botado en la otra cuadra. ¡Come! ¡Come!

NARRADOR: «Señora, no le ensucie la boca a mi escultura», dice, desprendido, otro loco con complejo de Juantorena.

SIEMPRENIÑA: Se la tuve que quitar a aquel perro sarnoso...

CABALLERO: No sigas matando gente, Parabolano. No más armas, escuelas. Necesitamos muchos buenos locos para nadar por entre las estrellas y no estamos entrenados. Es con vivos con lo que podemos llenar todo ese reino celestial.

JAMALICHE: Ese es el caballero del París... Lo recuerdo de cuando trabajaba en ese restaurante... Qué ricos aquellos platos de arroz con bistec y plátanos maduros fritos...

UNO: Yo soy el que hace las voces de los traslúcidos en la televisión. (CONFIDENCIAL) Lo que disfrazado de viejo sucio, de muerto y de estatua.

CABALLERO: Quítate de ahí, que la estatua soy yo... Yo tenía que morir para que La Habana

matado. Hay quien dice que fue un accidente. Lo cierto es que estuvo preso.

CABALLERO: ¡Soy inocente! Ah, sí, me refiero a cuando se les dijo a los cuerdos: ámense y pongan la otra mejilla... Nada, es como si no se hubiera dicho... ¡Me tiro! ¡Me tiro!

SIEMPRENIÑA: Cálmate, tigrecito, que aquí está mamá.

NARRADOR: Eso sí no se lo he oído a nadie... Pero también le puede acechar un gran peligro si realmente es la mamá.

CABALLERO: Es terrible no tener dónde meterse sin que venga alguien a plantearte sus traumas. ¿Sabes lo que es no tener refugio?

SIEMPRENIÑA: Mis refugios son los portales y las plazas destechadas como las casas de los escritores.

CABALLERO: Porque nadie quiere que tú le resuelvas sus problemas.

SIEMPRENIÑA: Yo siempre fui malísima en Matemáticas.

CABALLERO: ¿Qué prefieres: ser supuestamente esclava sintiéndote libre o supuestamente libre sintiéndote esclava?

SIEMPRENIÑA: Te ha dado por ser filoso. ¿Cuál de ellos eres: el palanganón o el que se sofocaba?

CABALLERO: ¿Qué prefieres: un diablo que te haga feliz o un arcángel que te llene de desdichas?

SIEMPRENIÑA: No confundas la parihuela con el carro fúnebre... (SOÑADORA) Estoy enamorada de ti.

NARRADOR: ¡Ay, mi tía! ¡Ahora si la despedazan!

CABALLERO: Yo soy supuestamente esclavo. Pero soy el más libre del mundo. ¡Soy inocente!

NARRADOR: El día es magnífico, excelente para guataquear o cortar caña. Ni una nube motea el cielo. El sol aspira a derretir los adoquines.

SIEMPRENIÑA: (MIRANDO HACIA ARRIBA) Va a llover (SACA DE LA JABA UN PERIÓDICO, LO DESDOBLA Y CUBRE LA CABEZA DE LA ESTATUA). No te puedes mojar, que coges catarrito.

CABALLERO: Yo le jugaba cabeza a la lluvia en los portales. Ahora me vuelvo loco por ella, sobre todo en los mediodías del verano. ¡No hay quien soporte este bronce caliente! Disfruto tanto sentirla correr. ¿Te supones: siendo de bronce y parada al sol?

NARRADOR: Un globero se acerca a ellos con un cartel: GLOBOS DE PEDO.

CABALLERO: Esos son los globos que compran los padres para que no se los exploten los niños en las fiestas de cumpleaños. ¡La vida está muy cara! Pero si los invitados no se van cuando ellos quieren, reparten alfileres entre la muchachada y allá va eso: ¡la espantada!

SIEMPRENIÑA: No me gustan esas fiestas indigestas. (RETIRA EL PERIÓDICO) Ya escampó. No quiero que se te metan en la cabeza traslúcidas ideas. (LEE) ¡Mira! ¡Viene el ciclón! Tengo que apuntalarte, amor mío.

CABALLERO: El huracán es el agitador de la solución planetaria, la cuchara con que disolvemos

el azúcar en el café, la sal en la sopa. El huracán destruye lo rancio e inservible para que reverdezca lo nuevo. Los árboles enfermos y viejos no dejan que crezcan plantas jóvenes. El ciclón los derriba y le da paso al nuevo mundo.

SIEMPRENIÑA: Yo no quiero estatuas de caballeritos... Te quiero a ti, mi viejito lindo.

CABALLERO: A menudo es necesario que por la vida pasen huracanes categoría cinco.

SIEMPRENIÑA: A los ciclones cuando les da por pasar... ¡Jum! Y si se les ocurre meterse en los televisores... no dejan un loco en pie... (LE TOCA REPETIDAS VECES LA NARIZ CON EL ÍNDICE)... aunque sea de bronce.

CABALLERO: La responsabilidad es insoslayable, los hijos nunca perdonarán a los padres haberlos tenido en el vórtice y obligarlos a caminar con el huracán..., ni les justificarán por no haber tenido el coraje necesario para soplar más fuerte.

SIEMPRENIÑA: (LE SOPLA CON TODAS SUS FUERZAS EN EL ROSTRO) ¿Así?

CABALLERO: Me escupiste... (PAUSITA).

NARRADOR: ¡Qué lindas le quedan esas piernas a ese par de zapatos!

SIEMPRENIÑA: ¿Dónde las habrán conseguido?

CABALLERO: Busca tus soluciones, Parabolano. No sigas dependiendo de los demás.

NARRADOR: Ella se encorva hacia atrás para mirarse las piernas.